



Entre el don y el ventajeo

Una etnografía sobre el uso de drogas ilegalizadas
en un barrio del conurbano bonaerense

Jeremías Zapata

Entre el don y el ventajeo
Una etnografía sobre el uso de drogas
ilegalizadas en un barrio del Conurbano

Jeremías Zapata



(serie tesis grado)

Universidad Nacional de Quilmes

Rector

Alfredo Alfonso

Vicerrectora

María Alejandra Zinni

Departamento de Ciencias Sociales

Director

Néstor Daniel González

Vicedirectora

Cecilia Elizondo

Coordinadora de Gestión Académica

María Laura Finauri

Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia

Presidenta

Mónica Rubalcaba

Integrantes del Comité Editorial

Bruno De Angelis

María Eugenia Fazio

Karina Roberta Vasquez

Editora

Josefina López Mac Kenzie

Diseño gráfico

Julia Gouffier

Asistencia Técnica

Eleonora Anabel Benczearki

Hugo Pereira Noble

Entre el don y el ventajeo

Una etnografía sobre el uso de drogas
ilegalizadas en un barrio del Conurbano

Jeremías Zapata

Zapata, Jeremías

Entre el don y el ventajeo : una etnografía sobre el uso de drogas ilegalizadas en un barrio del conurbano bonaerense / Jeremías Zapata. - 1a ed - Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-558-834-9

1. Etnografía. 2. Consumo de Drogas. 3. Policía. I. Título.
CDD 301





Departamento de Ciencias Sociales

Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia

Serie Tesis Grado

<http://unidaddepublicaciones.web.unq.edu.ar/>
sociales_publicaciones@unq.edu.ar

Los capítulos publicados aquí han sido sometidos a evaluadores internos y externos de acuerdo con las normas de uso en el ámbito académico internacional.

-  Esta edición se realiza bajo licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:
-  **Atribución:** se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editor, año).
-  **No comercial:** no se permite la utilización de esta obra con fines comerciales.
-  **Mantener estas condiciones para obras derivadas:** solo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan en la obra resultante.

Imágenes de tapa e interior

David Marthi. Don y ventajeo, serie de grabados en relieve.

| ÍNDICE |

GLOSARIO	7
INTRODUCCIÓN	11
Presupuestos metodológicos y conceptuales	15
Estado del arte.....	15
Metodología.....	17
Enfoque conceptual.....	20
CAPÍTULO 1. El barrio	29
La relación entre los usuarios de drogas ilegalizadas y el barrio de residencia	29
Ubicación geográfica del barrio.....	30
Condiciones materiales de las calles del barrio y opciones de transporte público disponible.....	30
Transporte público y operativos policiales.....	31
La interacción con miembros de fuerzas de seguridad	34
La esquina, entre el escape momentáneo del hogar y la exposición al vigilantismo vecinal	35
Quedarse en el barrio como opción económicamente rentable	38
CAPÍTULO 2. El don	43
Prácticas, lazos, ocasiones y espacios que involucran el don	43
El don como forma de evitar el bajón	47
Iniciativa en la donación	51

El don diferido en tiempo y forma.....	52
Forzar para que el don sea aceptado.....	54
El don como articulador de relaciones indirectas.....	57
Don y trueque.....	59
El ejercicio del don como beneficio mutuo.....	61
Relaciones diversas según las drogas en juego.....	65
La importancia de la confianza para que circule el don.....	70
El don en situaciones de abundancia y variedad de drogas.....	71
Malentendidos sobre el don.....	72
Reflexiones provisorias sobre el don.....	77
CAPÍTULO 3. El ventajeo.....	83
Advertencias sobre ventajeros.....	83
Sobre el ventajeo como lógica de comportamiento y relación social.....	84
El ventajeo como peaje de acceso a drogas ilegalizadas.....	88
Manija y poca plata.....	91
Incertidumbres que ponen a ventajear.....	92
Tensiones del ventajeo.....	96
Ventajeo subjetivo.....	99
Ventajeos frustrados.....	106
La etiqueta de ventajero.....	110
REFLEXIONES FINALES.....	117
BIBLIOGRAFÍA.....	121

| GLOSARIO |

Bajón: en el caso de la marihuana, hace referencia al efecto apetito que esta despierta. En el caso de la cocaína, se trata de pasar las horas entre que ésta se termina y llega el sueño. En esas horas hay que sobrellevar ansiedades, ganas de querer tomar más, depresiones debido a pensar en problemas personales o arrepentimiento por haber hecho uso de la cocaína.

Chanta: vendedor de drogas ilegalizadas. Se suele referir de esta forma a los vendedores debido a que en ocasiones confirman que tiene drogas ilegalizadas para vender, pero al momento pactado no se hacen presentes o ponen excusas poco creíbles.

Cocinar: se refiere a una forma particular de hacer uso de cocaína que requiere bicarbonato de sodio, una cuchara, virulana, un pedazo de plástico y un poco de agua y una pipa casera, o en su defecto una lapicera vacía. Se pone un poco de cocaína en la cuchara, luego se tira allí bicarbonato de sodio y algo de agua. Luego, con un encendedor se calienta la mezcla por debajo de la cuchara. Por último, se deposita la pasta que queda hecha luego de usar el encendedor en la pipa o lapicera. Después se enciende la mezcla desde una punta y se fuma desde la otra. Es importante que dentro de la pipa se encuentre la virulana y alrededor de la punta de la primera esté el plástico, ya que tanto la virulana como el plástico permiten no quemarse los labios. Además, el encendedor debe ser utilizado con la llama alta, si no, la pasta no se quema.

Correo: hacer las compras. Es correo generalmente quien no tiene plata para pagar la droga legalizada que va a compartirse, de ahí que su aporte sea el de hacer los mandados para otros que le conviden algo de lo comprado.

Curtir: hacer uso de drogas ilegalizadas. Pero además, implica hacer uso en determinado lugar, con personas particulares, escuchando tipos específicos de música, etc. Curtir es una forma de construir identidad a través de los usos de drogas ilegalizadas.

Línea: tener el contacto de algún vendedor de drogas ilegalizadas.

Mambo: efecto de alguna droga ilegalizada, y también la forma de percibirlo y resignificarlo subjetivamente.

Manija: ansiedad por hacer uso de drogas ilegalizadas. Se trata de una situación en la que los usuarios se ponen cargosos o pesados, en el sentido de no poder disimular sus ganas.

Movida: forma de organizarse entre los pares de las grupalidades, para comprar o conseguir drogas ilegalizadas.

Nevado: uso de la cocaína cuando se la fuma en un cigarrillo de marihuana.

Nota: tener contacto con algún vendedor de drogas ilegalizadas. Se le dice de esta forma debido a que puede comprarse *fa* (faso). En este caso, *fa* estaría asociado a la nota musical.

Pase: una de las tantas formas de inhalar cocaína. Se trata de cargar en la punta de alguna tarjeta, moneda o llave un poco de cocaína y llevarla de esa forma a la nariz.

Pegar: comprar cualquier tipo de droga ilegalizada.

Satrán: es la forma invertida de la palabra transa y una de las formas de referirse a estos vendedores de drogas ilegalizadas.

Seca: forma de referirse al uso de cigarrillo de marihuana en proporciones pequeñas. Una seca sería una pitada.

Soga: forma de referirse a quienes se considera que se trepan de otros para poder hacer uso de drogas ilegalizadas sin realizar aportes en dinero.

Tiritos: se denomina de esta forma a la inhalación de cocaína, sea a través de un pase o una raya o lagarto. Lo que importa a la definición es el ruido al momento de inhalar, ya que éste es seco y rápido.

Tuca: lo que queda del cigarrillo de marihuana. Un fragmento que, por lo general, es difícil de fumar, porque cuesta prenderlo sin quemarse los labios. Para fumar la tuca suele usarse una tuquera casera de cartón o papel.

Zafar la careta: fumar marihuana para no estar sobrio, un estado que los usuarios de drogas ilegalizadas consideran aburrido y sin sentido.

| INTRODUCCIÓN |

Este libro es resultado de una investigación etnográfica llevada adelante en el suroeste del conurbano bonaerense entre 2017 y 2018, que intenta captar los sentidos de las relaciones sociales que se establecen alrededor de los usos de drogas ilegalizadas específicas (marihuana, cocaína, LSD –dietilamida de ácido lisérgico– y pasta base). Para ello, se tuvieron en cuenta las condiciones generales que hacen a la materialidad barrial y las circunstancias particulares en las que se encuentran quienes fueron parte activa en el trabajo de campo en tanto informantes.

De esta forma, la atención se orientó hacia el abordaje de las prácticas de los actores en relación a la ubicación geográfica del barrio y de sus particularidades infraestructurales; los modos de intervención de las fuerzas de seguridad en la trama barrial; las relaciones relativamente conflictivas entre los usuarios de drogas ilegalizadas y algunos de los actores sociales que transitan la cotidianidad con ellos; los códigos discursivos y de comportamiento con relación a los usos de drogas ilegalizadas que se comparten intergeneracionalmente; las condiciones laborales precarias y las estrategias para sortear las imposibilidades materiales; y las ansiedades, miedos, angustias e inseguridades de los propios usuarios de drogas ilegalizadas.

A la vez, las prácticas de los actores barriales y, específicamente, de los usuarios de drogas ilegalizadas en cuestión son producto de ambigüedades y conforman ambigüedades. Y los comportamientos y

discursos ambiguos dotan de contradicciones y tensiones a los sentidos que se les otorgan a las drogas ilegalizadas; a las relaciones que se tejen en función de obtenerlas o experimentarlas; a las concepciones que los usuarios se hacen de sí mismos y de los demás; y a las maneras de constituir grupalidades.

De este modo, las ambigüedades y también las rutinas de los usuarios de drogas ilegalizadas que recorren este libro deben tenerse en cuenta como variables de lecturas posibles que interactúan en al menos dos sentidos: por un lado, porque permiten atrapar discursos, comportamientos y relaciones intrabarriales que tensionan los reproches éticos extrabarriales, que dejan escapar particularidades que requieren de suspensiones momentáneas de juicios valorativos hacia los usuarios de drogas ilegalizadas. Por otro, porque abren múltiples interpretaciones sobre las condiciones estructurales del barrio y las circunstancias particulares en las que se encuentran los usuarios para pensar preguntas que habiliten nuevos enfoques sobre drogas ilegalizadas.

Ahora bien, la relevancia social, científica y política de este trabajo etnográfico se hizo ver en las tensiones y contradicciones que afloraron en el juego entre el desdoblamiento y el entrecruce de mi persona como investigador, por un lado, y como actor social directamente involucrado en mi objeto de estudio, por otro. Porque si bien puede argumentarse que un adecuado distanciamiento me permitiría indagar de forma más aguda en la problemática abordada, mi caso, el caso particular de este trabajo, no resultó de esa forma, ya que investigar y escribir desde una obligada abstracción de mi problema de investigación tenía el efecto de borrar las marcas materiales y subjetivas que exponían mi trayecto como estudiante en una universidad del conurbano bonaerense.

Así puede considerarse que la relación que llevé adelante entre investigador y actor social se caracteriza por la relativa imposibilidad de ensayar el extrañamiento necesario para cuestionar los lugares comunes de quienes me hablaron de su mundo y compartieron sus experiencias conmigo. Pero, por otro lado, esa misma relación habilitó posibilidades de hacerme con modos de investigación que recuperaron no tanto las implicancias de ir al campo -cuestión que en gran medida me fue vedada-, sino el estar en el campo de manera permanente, con todo lo que significó estudiar, investigar y vivir en él.

En este sentido, la idea de exterioridad como condición de dominio del problema de investigación, que evite los supuestos errores de dejarse afectar por aquello que observamos, me resultó algo ajena. El extrañamiento teorizado en los centros universitarios urbanos se me imponía a modo de violencia epistemológica si no me permite reconocer en mí una trayectoria de vida contextualizada y trabajar en el oficio de cientista social desde allí, en vez de partir de un punto en el que no me encontraba y desde el que no me reconocía. Es decir que, a diferencia de quienes van al campo y ensayan un extrañamiento que implica distancias que son en gran medida de clase, conté con recursos materiales y simbólicos relativamente escasos a la hora de intentar transitar el hogar, la universidad y el campo de estudio de manera compartimentada. Por el contrario, tales aspectos se me presentaron de forma prácticamente indistinguible, y obstaculizaron la delimitación de fronteras claramente definidas que permitieran un mayor orden a la hora de trabajar en la investigación.

Ciertamente tal poder de dominio sobre lo social en tanto objeto de estudio, y sobre todo si nos referimos a la investigación etnográfica, requería de una serie de circunstancias que son más pasibles de

atravesar a los científicos sociales que se encuentran en las llamadas capas medias de la estructura social de nuestras sociedades periféricas y desiguales. Por el contrario, para quienes estudiamos, investigamos y escribimos en las universidades conurbanas, para quienes nuestras identidades se conforman y se pierden en un universo de relaciones que incluyen actores que, en general, componen/componemos el campo de la informalidad laboral, la formalidad precarizada y la ilegalidad, la clara distinción entre investigador y actor social nos resulta por momentos irrisoria.

Por eso, si hablamos de estudiar en el conurbano bonaerense hablamos de hacerlo transitando no pocos condicionamientos, que van a contramano de las indicaciones metodológicas construidas en los centros internacionales de poder intelectual, o en las universidades de nuestras capitales urbanas. Porque la ubicación territorial de las universidades conurbanas y mi acceso a ellas como primera generación de estudiante universitario, me constituyó como investigador y como actor de ese territorio de manera mimetizada.

Pensar y trabajar desde tal imbricación resultó en el reto de hacerme cargo de que no podía apropiarme total y homogéneamente de las herramientas metodológicas de la etnografía tal cual fueron pensadas para investigadores que habitan situaciones menos desventajosas. Entonces, lejos de buscar un distanciamiento de mi objeto de estudio que me permitiera el ejercicio de la desapasionada y a la vez privilegiada objetividad, me sumergí en la práctica de pensar las dinámicas de mi propia junta barrial y mis comportamientos al interior de ella. Y justamente allí, en la posibilidad de desfragmentar y volver a armar mi persona al interior de ese objeto de estudio, encontré motivaciones adicionales para desarrollar la enorme empresa de realizar una

investigación etnográfica que además hizo las veces de socioanálisis. Una investigación que, espero, se haya apropiado de la cotidianidad barrial y de las ambigüedades en las que se insertan los usuarios de drogas ilegalizadas que protagonizaron este trabajo.

¿Qué lógicas de comportamiento llevan adelante los usuarios de drogas ilegalizadas? ¿Cómo se construyen? ¿Qué dinámicas sociales habilitan? ¿Cómo interactúan entre sí? Estas fueron las preguntas que orientaron el trabajo.

Presupuestos metodológicos y conceptuales

Estado del arte

Interesa aquí retomar algunas investigaciones que desde el campo de las Ciencias Sociales han indagado sobre los usos que los actores sociales hacen de distintas drogas ilegalizadas, así como las relaciones que establecen con otros usuarios a partir de interactuar mediante las mismas. Estos son trabajos que ponen el foco en usos de marihuana (Becker, 2014; Pearson y Twohig, 2014; Guzmán-Franco y otros, 2011), LSD (Willis, 2014; Castellón-Montenegro y otros, 2015), cocaína y heroína (Míguez y Grimson, 1998), crack (Bourgois, 2014) o pasta base (Bruzzone, s/f), y vale tenerlos en cuenta como punto de partida para la elaboración de este estudio.

En consecuencia, en esta investigación se entienden los usos de drogas ilegalizadas como una relación social y no tanto como acción individual (Guzmán-Franco y otros, 2011). A la vez, no se pone el énfasis en los efectos químicos de las mismas, sino en sus implicancias subjetivas y sociales (Becker, 2014; Willis, 2014). Sumado a lo anterior, los usos de drogas ilegalizadas se tienen en cuenta en relación a los

contextos socioeconómicos que condicionan las prácticas de los actores involucrados (Bourgois, 2014; Bruzzone, s/f).

Lo dicho en el párrafo anterior importa para tomar distancia de perspectivas que reducen a usuarios de drogas ilegalizadas a delincuentes o enfermos. Estas visiones afirman que se los debe corregir, curar o castigar, y no hacen más que criminalizar y patologizar, poniendo el acento en los propios actores o en grupos específicos, y tratándolos como desviados de la norma. Se trata de miradas que dejan de lado toda relación social, contexto y estructura.

Por el contrario, aquí se parte de un modelo de pensamiento que contempla relaciones entre las drogas ilegalizadas, los actores que hacen usos de ellas y los contextos generales y las circunstancias particulares que los atraviesan. Porque se entienden los usos de drogas ilegalizadas como relaciones sociales en tanto articuladoras de sentidos, discursos y prácticas, experiencias compartidas y aprehendidas socioculturalmente (Becker, 2014; Willis, 2014; Guzmán-Franco y otros, 2011).

Con respecto a los usuarios, este libro aborda los usos de drogas ilegalizadas, comportamientos y relaciones entre actores que transitan la informalidad laboral y el ocio forzado. A la vez, estos se ven fuertemente condicionados a la hora de realizar o completar estudios. Además, algunos incurrían o incurrieron esporádicamente en delitos simples (Rodríguez Alzueta, 2016); pero también involucra a otros que transitan el mercado laboral e informal o que realizaron o realizan estudios secundarios, terciarios y universitarios, y que no recurren o recurrieron a robos o hurtos en ningún momento.

Asimismo, es fundamental aclarar que los trabajos que hacen hincapié en los usos de drogas ilegalizadas por parte de jóvenes de las

periferias urbanas (Rodríguez Alzueta, 2016; Bruzzone, s/f; Guzmán-Franco y otros, 2011) son de vital importancia para comprender las prácticas que aquí abordamos. Pero es relevante desplazar la mirada de allí y dirigirla hacia adultos, porque de esta forma veremos como no solo los jóvenes obligados al ocio son usuarios de drogas ilegalizadas, sino que otros actores comparten con ellos códigos, comportamientos y discursos en torno a estas prácticas. Se trata de correr a los primeros de lo marginal y ubicar a los segundos por fuera de lo convencional para mostrar que los usos de drogas ilegalizadas conviven (no sin tensiones y conflictos) con trabajo, estudios o familia.

Por último, y en lo que hace al eje de la investigación, se adopta aquí la concepción de los usos de drogas ilegalizadas como articuladores de grupalidades y conformadores de identidades. Pero además, proponemos una mirada que permita entrever que a las grupalidades, identidades y rituales basados en el compartir y obsequiar (Rodríguez Alzueta, 2016) se suma por lo menos otra práctica, y ambas conviven, se solapan, se tensionan y se complementan, y conforman una dinámica que permite márgenes de acción entre los que se mueven los usuarios.

Metodología

Trabajar con la metodología adecuada y las distintas técnicas de investigación acordes a la misma requirió del despliegue de una dinámica helicoidal (Gobato, 2013: 82). Es decir, no se avanzó hacia un punto de llegada previamente definido, a través de una sucesión lineal de etapas independientes entre sí. Aunque tampoco se volvió una y otra vez sobre las mismas cuestiones de manera puramente circular, en la búsqueda de adecuaciones metodológicas forzadas que evitaran

problematizaciones sobre lo construido. Por el contrario, el proceso de investigación ha sido puesto a prueba en conjunto, integralmente, de manera continua con los actores involucrados, con el contexto en el que ellos se relacionan y conmigo mismo en tanto investigador. Por eso, la investigación como proceso fue totalmente contradictoria, con avances y retrocesos, formulaciones y reformulaciones tanto metodológicas como conceptuales, que invitaban a la revisión constante de la estructura total del trabajo, para intentar reconocer las articulaciones que entre sí modificaban o asentaban lo producido como un todo complejo.

Tener en cuenta la figura del helicoide (Gobato, 2013) fue importante para reconocer los alcances y los límites de los modos en los que se iba planteando la investigación, y brindó la posibilidad de entender, por ejemplo, hasta dónde y de qué manera trabajar con determinados actores; reconocer las formas en que se podía entablar relaciones con ellos en diferentes contextos; y saber cuándo resultaba conveniente hacer más énfasis en la observación participante que en la participación observante, o viceversa. Y todo ello se dio en combinación con una puesta en práctica de la reflexividad (Guber, 2001). Es decir, el esfuerzo de obrar y pensar en el transcurso de la investigación en relación con la persona del investigador, con sus respectivas determinaciones sociales: mi posición en la estructura socioeconómica, trayectoria de vida y recursos culturales; posturas político-ideológicas con respecto a las problemáticas sociales generales y a aquellas específicas que me ligan a intereses aquí abordados; y mi lugar en el campo académico, con todo lo que ello implica respecto de conocimientos y adscripciones teóricas, metodológicas y éticas dentro de la estructura organizativa universitaria, sin perder de vista que tal institución se encuentra inserta en una trama de intereses y disputas macro y micro sociales.

Entonces, la dinámica helicoidal y la reflexividad fueron formas de trazar una relación dialéctica (Gobato, 2013) entre las redefiniciones y los usos de las herramientas metodológicas y las interacciones con los actores sociales para la construcción de conocimiento. Y se desarrollaron esas interacciones en base a la epistemología del sujeto conocido (Vasilachis, 2009). Porque no solo se tuvo en cuenta al sujeto que conoce, sino que además importaron los sujetos de la investigación en tanto personas, seres humanos, iguales. De modo que se intentó construir una relación simétrica, que en la medida de lo posible pudiese evadir las pretensiones de ubicar al investigador en una posición de superioridad en relación a quienes conformaron su objeto de estudio (Guber, 2001).

En este sentido, se tuvo en cuenta que toda técnica de carácter cualitativo utilizada en este trabajo fuese retomada bajo una perspectiva que ponga énfasis en la identidad de quienes emprendieron junto al investigador la experiencia de conocer. Porque es la identidad de los actores el fundamento que los constituye como iguales a quien estudia los fenómenos sociales. Y, de tal manera, importó la humanidad que comprende a ambos y no tanto las diferencias que radican en la posibilidad de desplegar herramientas metodológicas por parte del investigador como sujeto cognoscente (Vasilachis, 2009).

Por otro lado, la metodología cualitativa interesó aquí en tanto método que está atento a las formas en las que el mundo es conocido, comprendido, producido, vivido, experimentado por los actores en sus relaciones, prácticas, discursos y comportamientos, inmersos en la dinámica de los procesos sociales, del cambio y del contexto social (Vasilachis, 2009). Así que, debido a ello, se prestó especial atención a las maneras en que construyen su mundo, observando cómo interpretan los significados que les otorgan a las cosas a través del lenguaje

(Guber, 2001), y hacia allí se abocaron los usos de grabadores para las entrevistas, las anotaciones en el cuaderno de campo de las palabras que se destacaban en los diversos diálogos y la escucha atenta de las narrativas que los actores ponían en juego.

De este modo, la base de investigación fue la metodología cualitativa en tanto interpretativa, hermenéutica, reflexiva, multimetódica, profunda y rigurosa, por lo que se emplearon métodos de análisis sensibles a los actores y también al contexto social de los mismos (Vasilachis, 2009).

En definitiva, los actores en sus relaciones y en relación con el investigador, y teniendo en cuenta sus trayectorias personales, experiencias y biografías, fueron parte de las características primarias de la investigación. Pero a la vez, todo aquello que hizo referencia al contexto social, a las situaciones en donde se crean los sentidos, en las que se construyen los significados, metodológicamente hablando, abarcaron las características secundarias. (Vasilachis, 2009).

Por último, es importante decir que interesó la persona situada (Vasilachis, 2009), porque no puede conocerse a los actores sin situarlos. Pero tampoco se puede conocerlos por sus situaciones, ya que no hay que privarlas de acción, de autonomía, de libertad. Por eso, al entender a los actores como situados y a la vez creadores de situaciones, lo interesante del trabajo etnográfico como método científico flexible estuvo en prestar atención a las prácticas que tensionaron lo que ellos decían de las mismas, y generaron espacios abiertos a múltiples interpretaciones posibles.

Enfoque conceptual

Interesa pensar los usos de drogas ilegalizadas en tanto prácticas ritualizadas que se enmarcan en reglas relativamente establecidas al

interior del barrio por los propios usuarios. Son prácticas que más o menos se adecúan a exigencias relativamente convencionales, y a través de códigos específicos construyen, no sin conflictos, los lazos que se van tejiendo alrededor de tales usos, y pivotan entre por lo menos dos lógicas que se confunden entre sí y se entrelazan para conformar campos de acción y márgenes de relaciones posibles: el don y el ventajeo.

De manera general, se utiliza aquí el concepto de don según lo describe Mauss (2009). Para el autor, el don comprende intercambios que siempre se realizan en forma de regalos, teóricamente voluntarios, que en realidad se entregan y devuelven por obligación. Pero agrega que en el don no son solo bienes y riquezas los objetos intercambiados porque, además, se intercambian cortesías, afectos, es decir, bienes materiales, aunque también inmateriales.

Por eso, el honor y el prestigio son elementos que se consideran fundamentales en el don. De hecho, son el maná que confiere la riqueza, la cual debe conservarse en la obligación de devolver esos dones para no perder autoridad en tanto fuente de riqueza (Mauss, 2009).

Lo que obliga en el regalo recibido, intercambiado, es el hecho de que la cosa recibida no es algo inerte. A través de ella, aquel que dona tiene poder sobre el beneficiario. Es decir, se trata de un vínculo de almas, debido a que la cosa misma tiene un alma. De ahí que regalarle algo a alguien es regalar una parte de uno mismo.

En este esquema es indispensable devolverle al otro lo que forma parte de su naturaleza y sustancia, ya que aceptar algo del otro es aceptar algo de su esencia espiritual, de su alma (Mauss, 2009: 91). En consecuencia, la conservación de esa cosa es ilícita, porque además de provenir de la moral de la persona, también alude a intercambios que

a la vez son físicos y espirituales. Es que, como dijimos, no se trata de una cosa inerte, puesto que la misma tiene que regresar a su lugar de origen, en tanto reemplazo de aquello previamente dado.

En tanto que hay obligación de dar y de recibir, negarse a dar genera conflictos. En este sentido, hay una serie de derechos y deberes de consumir y de devolver que corresponde a derechos y deberes de regalar y de recibir (Mauss, 2009: 94).

Asimismo, Rodríguez Alzueta (2016) sigue esta línea de razonamiento y utiliza el concepto de don para mostrar cómo, a través de los usos de drogas ilegalizadas, los jóvenes de los barrios de las periferias urbanas construyen identidad y conforman grupalidades. Es decir, organizan su economía moral en torno a la obligación de dar, aceptar y devolver para activar el grupo y sostener los lazos a lo largo del tiempo. Y las drogas ilegalizadas son uno de los tantos insumos diarios que posibilitan las grupalidades y las identidades que construyen los actores.

Contribuir al grupo con drogas ilegalizadas otorga prestigio y, sobre todo, motoriza la junta. Porque se trata de hacer regalos que contribuyen a la grupalidad, pero estos vienen junto a la obligación de devolver lo regalado. No inmediatamente, pero sí en algún momento, ya que, si se acepta que el otro comparta con uno, se está en la obligación de devolver el favor. De lo contrario, corren riesgos de quedar como amarretes. De este modo:

El don abre y compromete. Aceptar un regalo es mostrar que se está dispuesto a entrar en juego. Pero una vez en el baile, no se puede quedar en falta. Es más, hay que devolver más o menos lo que hemos recibido. (...) La obligación de devolver con dignidad, con intereses, se vuelve imperativa. No se puede ser canuto o pijotero. Gastar es despil-

farrar y derrochar. (...) Una obligación diferida que tiende a demorarse en el tiempo. Porque entre la donación y la contraprestación puede transcurrir una semana, dos meses, incluso un año. No hay plazo, la devolución no tiene fecha de vencimiento, pero una vez aceptada habrá que devolverla con honores. (Rodríguez Alzueta, 2016: 185-186)

Entonces es fundamental la economía del don en los intercambios de drogas ilegalizadas que componen algunas relaciones grupales intrabarriales. Pero las prácticas que conforman estas relaciones van y vienen entre el don y otra práctica, el ventajeo, ya que no solo hay regalo en las relaciones que se conforman en torno a los usos de drogas ilegalizadas, sino que además hay trampas al donante. Hay veces en las que el don no es producto de la obligación de dar por haber recibido en otro momento. Es decir, en ocasiones se fuerza al donante a dar. Se le pone en una situación incómoda, en la cual se le reducen las alternativas de correrse del lugar de donante.

En este sentido, el ventajeo no tiene que ver con la amenaza ni el uso de la fuerza. No se sostiene en el apriete, sino que pone en aprietos, y para ventajear se juega con las necesidades del otro, porque se trata de crear situaciones que pongan al otro contra las cuerdas. Hay que llevar al otro a ciertos límites por medio de la mentira, o haciendo uso más o menos consciente o premeditado de las ansiedades, apuros y miedos de quien se quiere ventajear. Así, el ventajeo crea posibilidades que en principio no había, y lo hace poniendo en juego algo material que vale la pena invertir para sacar un provecho mayor, o apelando a diversas estrategias que hacen efecto en las emociones del otro.

Lo importante es que el don no se encuentra solo, sino que tiene su contraparte: el ventajeo. Por eso, don y ventajeo conforman en con-

junto, como ya se adelantó, una dinámica que orienta y enmarca las prácticas en torno al uso de drogas ilegalizadas. Ambos construyen y a la vez son producto de relaciones específicas en situaciones particulares, en espacios físicos precisos y en determinados momentos del día y de la noche.

Pero el ventajeo no solo es producto de las avivadas o la picardía ajena, ni se materializa en objetos. Sucede que muchas veces el ventajeo es subjetivo, o sea, algo que transcurre en las subjetividades de los actores. Forma parte de lo que conocemos como las persecuciones subjetivas. Y una persona perseguida es una persona que no vivirá como regalo las drogas ilegalizadas que se le convida. Por el contrario, percibirá el regalo como algo netamente interesado, que tiene un trasfondo que en ese momento no logra vislumbrar, pero que irá carburando subjetivamente, dentro de la grupalidad. Es decir, los usuarios de drogas ilegalizadas traban relaciones cotidianas que producen y a la vez se constituyen a partir del ventajeo, lo que los lleva a creer que existen más ventajeos de los que realmente suceden.

Por último, en tanto resultado y constituyente de relaciones, el ventajeo tiende a estructurar la grupalidad. Porque no solo el don reasegura la junta, sino que también lo hace el ventajeo. O puede decirse que lo hacen de forma combinada y ambigua, contradictoria, y posicionan de manera cambiante a los miembros de la grupalidad en lugares concretos, debido a que en el interior de la junta se designan posiciones parciales según sean identificadas por sus pares como donantes o ventajeras. Y si bien don y ventajeo son relaciones sociales, para ellos se manifiestan como atributos individuales e interactúan alternando entre la confianza y la desconfianza, según varían las circunstancias.

Sobre las ilustraciones

Para finalizar, una consideración sobre los grabados que incluimos en el libro. Los trabajos fueron realizados por David Marthi a partir de haberlos pensado en conjunto conmigo durante el transcurso de la investigación. Las ideas para estas imágenes surgieron de la propia etnografía, al tomar nota de algunas situaciones que a ambos nos parecía interesante pensar desde la caricaturización y la parodia, para así abordar las problemáticas estudiadas desde las risas y la creatividad.



| CAPÍTULO 1 |

El barrio

La relación entre los usuarios de drogas ilegalizadas y el barrio de residencia

Antes de fijar la atención en las prácticas y relaciones sociales que giran y se desarrollan en torno a usos de drogas ilegalizadas, que es el eje de este libro, es importante exponer algunas consideraciones sobre determinadas características del barrio y de los modos en que los actores involucrados lo transitan cotidianamente. Resulta fundamental hacerlo debido a que las prácticas y las relaciones sociales no pueden concebirse en abstracto. Sería desacertado pensarlas por fuera de las condiciones materiales que, si bien no se imponen de forma absoluta a los actores, tienen gran incidencia en las prácticas y los usos de drogas ilegalizadas. Por eso, las prácticas y relaciones sociales en cuestión serán comprendidas en concreto. Es decir, deberán ser entendidas en relación directa a los condicionamientos externos a los actores, que les acotan el abanico de posibilidades al momento de tomar decisiones, y además impactan en el sentir y obrar de los mismos. Pero no hay que perder de vista que son condicionamientos siempre abiertos a la capacidad de acción apropiadora y creadora de sentidos y materialidades por parte de los usuarios de drogas ilegalizadas.

Se realizaron algunas observaciones sobre el estado actual del barrio a partir de recorrerlo exhaustivamente, se tuvieron en cuenta las experiencias compartidas con los actores involucrados y se atendieron a sus

narrativas, lo que permitió plasmar varios puntos necesarios a la hora de leer los usos de drogas ilegalizadas en la materialidad territorial.

Ubicación geográfica del barrio

El barrio pertenece a un partido del sudoeste del conurbano bonaerense, ubicado en el límite de una localidad que a la vez también lo es del partido, entre el segundo y el tercer cordón de la zona metropolitana. Y tales límites corresponden al mismo tiempo a fronteras geográficas que se encuentran con barrios que son extremos de localidades que también lo son de otros partidos.

Esta particularidad que hace a la ubicación geográfica del barrio presenta múltiples dificultades a quienes residen en él, las cuales iremos describiendo, sobre todo aquellas que obstaculizan el desplazamiento a los usuarios de drogas ilegalizadas aquí involucrados.

Condiciones materiales de las calles y opciones de transporte público disponibles

Si bien hace 20 años que el barrio se encuentra asfaltado en su totalidad, otros barrios que lo rodean aún cuentan con gran cantidad de calles de tierra, cuestión que hace que los actores barriales deban transitar zonas de agua y barro durante varios días posteriores a las lluvias. Además, la mayoría de las avenidas principales que conducen hacia él están en pésimo estado. Y es que, literalmente, hay solo dos accesos por los que se llega en colectivo como único transporte público regular, ya que, como dijimos, la zona geográfica está muy lejos de cualquier estación de trenes, al punto de que durante el día, general-

mente hay que abordar dos colectivos para ir o regresar de gran parte de otras localidades y partidos.

Por otro lado, si llueve demasiado, los escasos accesos quedan relativamente inhabilitados al tránsito. Sumado a ello, los transportes públicos que pueden abordarse luego de las 23 son solo dos: un colectivo de línea que se dirige hacia la ciudad de Buenos Aires y una costera de media distancia que sale de La Plata y recorre parte del sur, del oeste y del norte del conurbano bonaerense. Tal situación hace que –a menos que se cuente con vehículo propio– el acceso a localidades y partidos vecinos se complique durante la noche. Y si bien hay remises, éstos suelen estar en mal estado y quedar a la deriva en medio de las arterias que conectan puntos centrales de esta zona.

Transporte público y operativos policiales

En ocasiones, algunos de los actores que forman parte de esta investigación ven obstaculizado su tránsito por otras localidades y municipios cuando se dirigen o vienen de comprar drogas ilegalizadas debido a las *bajadas de bondi* (Zapata, 2020a). Se trata de los múltiples operativos policiales en el transporte público que agregan dificultades con relación a su desplazamiento urbano. Más precisamente, durante junio y julio de 2018 se desplegaron en las afueras del barrio operativos que consistían en detener colectivos de transporte público para que efectivos de la policía local los abordaran para hacer descender a pasajeros según criterios discriminatorios, como la supuesta portación de cara. Luego, llevaban adelante una serie de rutinas destinadas a exponer a algunos pasajeros frente a otros, como si fuesen sospechosos de cometer algún tipo de delito. Por ejemplo, pedir DNI, revisar pertenencias, cachear,

averiguar antecedentes y eventualmente trasladarlos a la comisaría, sobre todo a varones jóvenes, vestidos con ropa deportiva, morochos, que hablan y se mueven de determinada manera.

Tuve la oportunidad de indagar sobre esta problemática a partir de conversar con algunos usuarios de drogas ilegalizadas del barrio.

Jeremías: ¿Tenés problemas cuando tomás el colectivo para salir del barrio?

Sebastián¹: Te tomás el colectivo, te baja la policía, te revisa y te bardea. No podés ir a ningún lado y encima no podés andar con nada, porque si te encuentran algo te lo sacan.

Jeremías: ¿Y entonces qué hacés? ¿Te quedás acá, en el barrio?

Sebastián: Sí. Salgo para ir a trabajar, para hacer alguna changa, pero después trato de pegar algo por acá y me quedo.

Las rutinas policiales a las que hacemos referencia solo fueron realizadas durante algunos meses en las afueras del barrio, aunque en otros partidos cercanos, por los que necesariamente tiene que pasar el único colectivo que funciona luego de las 23, tuvieron lugar durante un tiempo más prolongado. Y si bien los usuarios de drogas ilegalizadas no dejaron de utilizar del todo ese colectivo, el problema de las bajadas de bondi se suma a otros operativos que todavía se llevan a cabo de manera recurrente, como aquellos en los que se detienen a quienes

¹Sebastián (35) tiene su propia pieza en la terraza de la casa de sus padres y es el único de sus tres hermanos que permanece allí. Intentó estudiar psicología en la Universidad Nacional de La Plata, pero abandonó por falta de tiempo e ingresos económicos. Se dedicó a hacer changas y venta ambulante de espejos, y hace un tiempo comenzó a trabajar en una fábrica en Pompeya. Durante unos años estuvo internado en centros de rehabilitación debido a usos problemáticos de pasta base.

se trasladan en motocicletas y automóviles, y dificultan el acceso a drogas ilegalizadas frente a los riesgos de ser detenidos portándolas.

Por otro lado, algunos usuarios de drogas ilegalizadas además de encontrarse expuestos a los operativos policiales descritos, cuentan con grandes posibilidades de ser detenidos en la vía pública cuando se dirigen a otros barrios del conurbano bonaerense o del sur de Capital Federal.

Jeremías: ¿Te para la Policía cuando salís del barrio?

Mariano²: Cuando voy a pegar afuera del barrio casi siempre me para la policía. A veces me encuentran algo y a veces no me encuentran nada, porque lo escondo bien. Pero hay veces que me paran.

Jeremías: ¿Y qué pasa cuando te paran?

Mariano: Y por ahí te bardean, te sacan cosas, te pegan unos cachetazos para que te rescates.

De este modo, vemos que salir del barrio y andar con algo encima implica estar expuesto al ventajeo policial (Zapata, 2020a) y al verduqueo (Alzueta, 2020) tanto en los colectivos como en las calles, es decir, el robo de pertenencias acompañado de malos tratos. Y si bien esto no implica que los usuarios vayan a restringir su desplazamiento

²Mariano (37) vive con sus padres y 4 de sus 7 hermanos en una pieza que comparte con dos de ellos. No terminó el colegio secundario. Tuvo problemas de consumo de pasta base, el cual sustentaba mediante el robo de pertenencias de su casa, de las casas de sus vecinos y también ofrecer su ropa y zapatillas a cambio de algunas dosis. En ocasiones se dedica a la venta ambulante de espejos y en otras, ayuda a su padre en trabajos de albañilería. También realiza tareas de cuidacoches en fiestas y eventos que se realicen en las inmediaciones de su casa. Hace unos años cobraba peaje en los límites del barrio y robaba autos para vender sus partes.

solamente al barrio, sí viven como un bajón realizar las compras demasiado lejos de su lugar de residencia.

La interacción con miembros de las fuerzas de seguridad

Las esquinas de su propio barrio son un espacio físico relativamente seguro para los usuarios de drogas ilegalizadas si lo comparamos con todo lo dicho anteriormente con respecto a los operativos policiales en los colectivos y los abordajes que realizan los efectivos en las calles cuando transitan la ciudad. Pero la Policía local o la Policía Bonaerense, y hasta hace un tiempo la Gendarmería, suelen detenerlos también allí, lo que conlleva una reducción de posibilidades de circulación mucho mayor.

Jeremías: ¿Tenés problemas con la policía en el barrio?

Sebastián: A veces no puedo andar tranquilo por ningún lado, porque hasta en la esquina de casa me paran. No puedo salir a bolear porque me paran. Mirá, una vuelta me pararon tres veces en el mismo día y a la cuarta ya les dije: “¿otra vez?” Pero si ya me revisaron. No tengo nada”. Y me dejaron de joder. Pero si no te conocen, te paran. Como cuando andaba Gendarmería, que nos agarraban en la esquina, nos revisaban, nos re bardeaban. Te cortaban el mambo porque caían con las escopetas y se ponían malos.

La esquina que agrupa a esta junta en particular se encuentra poblada de árboles, tiene montañas de escombros, bolsas de arena, micros estacionados alrededor y poca iluminación durante la noche. Por eso, una esquina como esta hace las veces de esquina-dispositivo (Zapata, 2020b), y la llamada vagancia la utiliza a su favor siempre que encuentra posibilidades de hacerlo.

En esta esquina, los miembros de la junta ven sin ser vistos, o por lo menos se anticipan a los encuentros con la policía gracias a que divisan las luces del patrullero antes de que este se acerque lo suficiente a ellos, y les permite ganar tiempo para descartar drogas ilegalizadas y tomar posturas corporales que entienden menos comprometedoras, más adecuadas a las exigencias morales dominantes que pueden servir para transitar la situación (Zapata, 2020b).

La esquina, entre el escape momentáneo del hogar y la exposición al vigilantismo vecinal

En ocasiones, desde la perspectiva de los usuarios de drogas ilegalizadas no queda más opción que salir a la calle, debido a los conflictos que sus prácticas y su junta les traen con los miembros de su familia, en especial, madre, padre y/o pareja, lo que momentánea y parcialmente relaja las tensiones. Así, la esquina es un espacio tensionado entre el escape momentáneo del hogar y la exposición al vigilantismo vecinal.

En una de las tantas oportunidades en las que sucedió algo de lo antes dicho, un sábado de noviembre de 2017 a la tarde nos dirigimos con Mariano a la casa de Sebastián para ver si tenía ganas de estar en la calle. Lo llamamos gritando su nombre desde la vereda y de la puerta salió su madre, quien nos miró algo molesta y fue hacia el patio, donde alimentó a los perros con comida en una olla y luego hizo de cuenta que no estábamos allí. A los segundos salió Sebastián, nos saludó e hizo señas para que comenzáramos a caminar, y a los metros de distancia de su casa comenzó a hablarnos:

Sebastián: vamos rápido porque está todo mal con mi vieja, y encima no le cabe que vengan a buscarme. Me jode con lo de la droga y

me tiran mala onda con lo mismo de siempre: que no me rescato, que ando vagando por ahí, qué sé yo...

Jeremías: ¿Y qué hacés con ese problema?

Sebastián: Vuelvo tarde y para mañana se le pasa un poco, o no me jode hasta el otro sábado.

Salir del hogar durante unas horas para aliviar las tensiones los enfrenta a las miradas y las palabras vecinales que pueden llegar a devenir en vigilantismo (Rodríguez Alzueta, 2014; 2016).

Ese mismo sábado nos encontramos Mariano, Sebastián y yo en la esquina de la casa del primero y en un momento de la noche emprendemos la caminata hacia un quiosco que queda a unas cuadras de distancia.

Durante el camino de vuelta, Mariano me pasa el envase de cerveza que tiene en sus manos y se detiene en un paredón para orinar mientras me habla.

Mariano: A la vieja esta le meo la pared porque después va y le dice a mi vieja que yo me ando drogando en la esquina, y después en mi casa me hacen causa. Encima siempre dice que va a llamar a la policía, que ya está podrida de la baranda a meo (carcajadas suyas y de Sebastián).

Sebastián: Una vuelta llamó a la cana la vieja, ¿te acordás? Salimos rajando. Pero pasaron para joder nomás, para que nos vayamos porque la vieja mira por la ventana y le debe hinchar las bolas a la comisaría.

El siguiente relato condensa las experiencias de sobrellevar los usos de drogas ilegalizadas pese a varias de las situaciones descritas, y agrega otras:

Jeremías: ¿En tu casa les molesta que te drogues?

Marcelo³: Yo me separé porque a mi mujer no le gustaba que fume, que me drogue. Así que volví a lo de mi vieja. Pero adentro no fumo, capaz que tomo merca y listo. O fumo base en mi pieza. Pero si quiero estar más tranquilo, que no me digan nada, salgo a la vereda.

Jeremías: ¿Y ahí qué onda?

Marcelo: Depende de cómo esté la calle. Hace frío y esas cosas, y por ahí vienen a joderte.

Jeremías: ¿Quiénes te joden?

Marcelo: Algunos que vienen re pakistanes te manguean, se quieren pelear, por ahí andan robando...

Jeremías: ¿Y la policía?

Marcelo: La policía no jode porque yo no jodo a nadie. Pero es como todo, porque problemas vas a tener en todos lados, adentro y afuera de tu casa.

Entonces, si tenemos en cuenta los diversos usos que los usuarios de drogas ilegalizadas hacen de las esquinas, podemos decir que, si bien se les imponen como escape momentáneo del hogar, aún en lo reducido de sus opciones imprimen subjetividad y creatividad, e intentan transformar tales lugares a sus prácticas. O por lo menos, se adaptan a los

³Marcelo (42) se encuentra separado de la madre de su hijo (17) y vive en la casa de su mamá, con ella, su hermano mayor y la familia de este (esposa, hijo de 18 e hija de 5), su hermano menor y su hermana menor, y la pareja y el hijo de la última. Trabaja con contrato en efectivo en una cadena de electrodomésticos hace 10 años. No terminó el colegio secundario y en más de una ocasión me expresó sus deseos de hacerlo, pero dice que no puede debido a los horarios del trabajo.

mismos para usarlos según las circunstancias, más allá de ser en última instancia. La esquina sería el lugar que, pese a sus desventajas, ofrece fugas momentáneas frente a los problemas familiares. No resuelven los conflictos, pero les dan respiro, los alivian unas horas o unos días.

Quedarse en el barrio como opción económicamente rentable

Las pocas posibilidades de intentar rutinas diferentes de fines de semana están directamente asociadas a contar la escasez de dinero para ir hacia el centro de alguna de las ciudades más cercanas en remis, pagar la entrada de algún bar, boliche o recital, y comprar bebidas para pasar allí la noche entera.

Jeremías: ¿Necesitás plata para salir o te arreglás?

Sebastián: Salir es caro si no tenés buena plata, pero un par de veces salimos, fuimos a pasar la noche en algún bar y escabiamos piola. Pero es caro.

Jeremías: ¿Se complica?

Sebastián: Se complica. Tenés que ir, pagar la entrada, cargar birra toda la noche...

Jeremías: ¿Entonces qué hacés?

Sebastián: Y... acá tenés todo eso, porque te venden escabio hasta tarde y no tenés que caminar mucho para comprar droga.

Jeremías: ¿Te quedás en el barrio?

Sebastián: Sí, aparte ya no me pinta salir mucho. Ya la hice yo, ahora ya no tira nada.

Evidentemente, al menos una salida así algún fin de semana implica un gasto que va mucho más allá de comprar una o dos bolsas de co-

caína. Y en estas circunstancias, pensar en salir del barrio un sábado a la noche puede ser parte de lo planificable solamente en alguna que otra ocasión, que luego servirá de anécdota que será narrada de mil maneras diferentes para mantener la atención de la grupalidad, pero estas salidas no formarán parte del general de los fines de semana.

Aunque tener un trabajo estable y formal pareciera que soluciona muchos de los problemas económicos planteados recientemente, tampoco es condición suficiente para planificar salidas por fuera del barrio los fines de semana. A veces, también el cansancio físico funciona como condicionante para no salir del barrio.

El trabajo formal, si conlleva grandes cantidades de horas laborales y viajes de ida y vuelta relativamente lejanos, implica seguir rutinas que no dejan muchas energías físicas de hacer algo que no sea solamente salir a la vereda. Porque ingresar al trabajo de madrugada o llegar al hogar los viernes y sábados a las 21 son incentivos difíciles de sortear a la hora de elegir quedarse en el barrio, sobre todo si allí hay ofertas de drogas ilegalizadas y el transa las alcanza hasta la esquina.

Jeremías: ¿Llegás tarde de trabajar?

Marcelo: Los viernes estoy en casa a las 9 de la noche y los sábados también. Por eso llego cansado.

Jeremías: ¿Y te queda tiempo para hacer algo? ¿Cómo te arreglás con eso?

Marcelo: Hasta que como, me pego un baño y estoy un rato con mi hijo o mi vieja, ya se hizo tarde y no tengo ganas de salir. Por eso prefiero quedarme en la vereda y fumar ahí, tranquilo, y por ahí me compro una o dos bolsas y me las tomo con alguien o solo. Después me duermo así hago cosas el domingo. Pero si salgo, olvidate, por-

que termino cansado después, y además de la plata, hay que tener tiempo y yo trabajo toda la semana. Así que quiero quedarme acá.

En circunstancias que impliquen mejoras materiales, las opciones podrían ser más amplias para los usuarios de drogas ilegalizadas. Tales condiciones podrían significar otras circulaciones, actividades, relaciones, sentires, identidades, afectos, subjetividades, cuerpos.

En definitiva, la compartimentación al interior del barrio, producto de las condiciones estructurales, implica a la junta en el juego de las drogas ilegalizadas de formas particulares. Pero no porque sean determinantes, sino que esas condiciones constituyen el marco donde se dan relaciones que asumen formas específicas, por demás creativas, que aquí serán exploradas.



| CAPÍTULO 2 |

El don

Prácticas, lazos, ocasiones y espacios que involucran el don

El don se manifiesta a través de una gran variedad de prácticas y contribuye a componer lazos de distintas maneras. Un ejemplo de ello es cuando los usuarios comparten o regalan drogas ilegalizadas en una multiplicidad de ocasiones, que tienen lugar en diversos espacios físicos.

Además, el don, en tanto forma más o menos ritualizada de dar, aceptar, recibir y devolver, se organiza en función de normas que pueden ir modificándose con el paso del tiempo, o según la situación y los criterios que los actores involucrados tengan en cuenta.

Se trata de normas que no siempre se siguen del todo, pero son resultado de él, y al mismo tiempo delimitan los parámetros que hay que tener en cuenta si se quiere formar parte de un circuito que, desde la lógica de los usuarios de drogas ilegalizadas, beneficia a todos aquellos que entran en él.

El don es parte del entramado social del barrio. Para comenzar, podemos decir que añade sorpresas, buenas intenciones, gratitud a las relaciones alrededor de los usos de drogas ilegalizadas que son parte del entramado social del barrio. La siguiente situación lo ejemplifica: un viernes de abril de 2018 por la tarde, Sebastián, Mariano, Germán y yo caminamos por el barrio rumbo a lo de Francisco⁴, el transa al cual

⁴Francisco (22) no cuenta con un empleo formal. Tiene una hija de 4 años con Daniela (24),

comúnmente recurre Sebastián para comprar cocaína⁵. Hay muchas personas en las veredas debido a que la temperatura es agradable y a que ésta es la calle más transitada del barrio.

En una de las esquinas nos detenemos a saludar al grupo que está sentado allí, Germán le da la mano a Fabián⁶ (quien es parte de esa junta) y con el saludo le entrega un faso. Fabián, al notar que el saludo viene con regalo, pone cara de sorprendido y le dice: “Gracias, loco, nos zafaste la careta. No está saliendo nada”. Y le pregunta: “¿Estas son las de tus plantas, no?”. Germán contesta que sí y emprendemos el camino nuevamente, junto a Sebastián y Mariano. A los pocos metros, Germán me dice: “El chabón vive en frente de casa y cada vez que me cruza por la calle me invita a fumar un paraguayo... Siempre que tiene se porta el loco y por eso le tiro faso.

A simple vista, el don se presenta como un acto gratuito. Sin embargo, cuando se mira con el tiempo, nos damos cuenta de que el regalo que se hace es la devolución de un favor anterior. Es parte de una cadena de regalos que no siempre se sabe cuándo comienza y dónde terminará. Además, el don es un gesto de gratitud que toma por sorpresa e introduce buena onda entre los usuarios de drogas ilegalizadas. Y según se vio, uno de ellos invita de vez en cuando al otro a fumar al cruzarlo en la calle, y cuando menos se espera hay devolución de favores materializa-

quien forma parte de la Policía de la ciudad. Los tres viven en la misma casa en el barrio.

⁵En ese momento Francisco vendía a 250 pesos la bolsa de cocaína, que contenía algo menos que 1 gramo.

⁶Fabián (36) vive con su familia: madre, hermano, hermanas, cuñada y sobrinos. Terminó el colegio secundario y no cuenta con trabajo formal. Se dedica a lavar en la vereda de su casa coches y micros que pertenecen a los dueños del taller de la esquina de donde vive.

do en algo mejor de lo que se donó en otro momento, porque las flores gozan de mayor estima que la marihuana prensada, sobre todo si las primeras son el producto de la cosecha propia, signo de dedicación que excede lo meramente transaccional y mercantil.

Pero además, esa donación no termina ahí, ya que el donado a la vez se convierte en donante y les zafa la careta a todos los que están con él. Más aún: el donante primero (Germán) es donante por partida doble, porque dona a Fabián y, a través de éste, dona al resto del grupo que se encuentra con el último.

El don crea vínculos. Aquel que dona se da a conocer. Es decir, transita las calles del barrio recibiendo saludos, porque aporta. Y aportar, aquí significa regalar, ejercer el don. Porque no hace falta ser amigos, no hace falta ser conocidos tan cercanos, no hace falta parar en esa esquina, no hace falta ni siquiera que se sepan los nombres de unos y otros. Solamente alcanza con que haya donación.

Me tocó entrever algo de lo dicho en una situación en particular. Es un viernes de noviembre de 2018 por la tarde. Sebastián y yo nos encontramos en la vereda del almacén enfrente de la casa de Germán, por donde pasan muchas personas y nos saludan. Nosotros devolvemos los saludos porque las conocemos, pero en un momento se acerca un chico de unos 22 años y saluda primero a Sebastián y luego a mí. Ellos hablan un rato. Comentan que la noche va a estar linda para unos tiritos y el chico después sigue su camino:

Jeremías: ¿Quién es el pibe?

Sebastián: El otro día me tomé una bolsa con este pibito, pero no sé ni cómo se llama (risas). Igual es re copado.

Jeremías: ¿De dónde es?

Sebastián: Dice que se mudó hace poco acá a la vuelta, con la novia. El vago y la piba venden faso. Reparten paquetitos de 100.⁷

Jeremías: ¿Y cómo lo conociste?

Sebastián: Hace un par de sábados a la noche volvía de allá –señala hacia uno de los barrios vecinos– del fondo, ¿viste? Estaba solo... Bueno, venía caminando y el pibe me llama (yo ya lo tenía de vista, pero nunca hablamos). Me llama y le digo: “¿Todo bien?” “Sí”, me dice el pibito. “Todo bien, amigo, ¿querés fumar?” “Bueno”, le digo yo. Y nos quedamos fumando un rato. La cosa es que otro sábado yo ligué una bolsa. Pasó Luis⁸ y me la tiró, de onda, pero yo no quería tomarla solo, porque no me gusta. Bueno, salí a caminar para ver si encontraba a alguien y crucé al pibe este y le dije: “Amigo, ¿da para tomar una bolsa? Yo te invito loco, está todo bien”. El chabón respondió: “De una”. Así que nos quedamos ahí, tomando. Y después, otra vuelta, el chabón me cruza y me pregunta si sabía dónde conseguir merca. Entonces le dije que podía ver, pero... justo, justo, no te miento, eh... justo veo que pasa Guillermo⁹ en el

⁷Un paquete de 100 pesos de marihuana prensada alcanza para armar dos cigarrillos.

⁸Luis (52) tiene un hijo de 15 años. Vive en el fondo de una casa que comparte con la familia de su hermana. Se dedica a la quiniela informal en el barrio y levanta pedidos recorriendo la casa de sus clientes en bicicleta.

⁹Guillermo (45) vende bolsas de cocaína de más o menos un gramo, las cuales cuestan 200 pesos cada una, aunque también arma las bolsas de acuerdo al precio que se quiera pagar. Toma los pedidos por WhatsApp y recorre el barrio en auto en tres horarios diferentes: mediodía, siesta y noche, ya que a la mañana y a la tarde atiende su comercio en su lugar de residencia. En general, viene al barrio acompañado de su pareja o de su primo, quien se encarga de la seguridad del negocio (armado, según cuentan quienes compran) y recibe la plata mientras Guillermo arma las bolsas de cocaína.

coche y le digo que pare. Bueno, le hice la onda ahí, el chabón pegó y me invitó a tomar.

De este modo, la donación funda una camaradería espontánea que en algunos casos durará lo que dura el encuentro. Es decir, el don crea vínculos que pueden terminar en amistad, grupalidad o que simplemente esté todo bien y que se correspondan saludos al pasar. Porque el don activa los vínculos y también los encanta, y hasta puede llegar a transformarlos en amistad, aunque no es una condición previa para que tenga lugar el don.

El don como forma de evitar el bajón

Retomar el diálogo anterior además sirve para mostrar que el don es un recurso para no curtir solo. Porque tomar cocaína en soledad muchas veces es una situación que llama al bajón, y es algo a evitar en la medida de lo posible. Por eso, compartir cocaína es esquivar el bajón, o rodearlo con otras conversaciones que habilita el convite. Y en este sentido, compartir es una forma de rescate, de garantizar que la cabeza no se vaya lejos, pensando de más.

Jeremías: ¿Qué pasa cuando tomás solo?

Sebastián: No me gusta tomar solo porque me persigo, ¿viste? Me agarra el bajón cuando se termina la merca y empiezo a pensar que no tengo laburo y esas cosas.

Jeremías: ¿Preferís que haya alguien más, entonces?

Sebastián: Sí, prefiero tomar con alguien, así hablo y me distraigo, porque si no me pongo muy ansioso.

En este sentido, el don ofrece no solo la posibilidad de conformar vínculos que permitan luego seguir estableciendo lazos fundados en el compartir, sino que también es importante compartir como forma de no estar solo y comerse el mambo. O sea, no adelantarse a las horas por venir y evitar que pegue mal. Es decir, el don es una de las alternativas que alguien puede tener a mano para pasarla bien un rato, para que pegue tranqui.

En el don se manifiesta la confianza y a través de él se acumula capital social. Desde la confianza mutua los usuarios de drogas ilegalizadas van sumando contactos que otro día pueden ser utilizados para devolver lo donado, directa o indirectamente. Y, además, de esa forma se extienden las posibilidades de acceder a drogas ilegalizadas, de manera que se ganan líneas, notas, debido a que en ocasiones el acceso a la compra se dificulta, ya sea porque escasea o porque los vendedores son demasiado selectivos. Es decir, solo le venden a un número muy reducido de usuarios debido a que tratan de hacerla de callado, por cuestiones de seguridad o para no tener problemas con la policía o con su pareja.

En este sentido, Germán suele solicitarle a Claudio¹⁰ que le consiga marihuana o cocaína en lo de un vendedor que restringe bastante su clientela, que solamente les vende a allegados. Entonces, el segundo realiza toda la movida: va a la casa de Germán a retirar la plata, se traslada en bicicleta a lo del vendedor y vuelve para dejar aquello que se le pidió, sin reclamar nada a cambio, al menos en el momento. En

¹⁰Claudio (35) tiene un hijo (8 años) y trabaja formalmente en una fábrica de zapatillas hace cinco años. Terminó el colegio secundario y alquila solo en el barrio. Actualmente construye su casa en un terreno que compró en otro barrio.

este caso, el don funciona en diferido, con el paso del tiempo. Pero a la corta o a la larga lo donado vuelve, aunque sea materializado no necesariamente en drogas ilegalizadas, sino en acceso a ellas.

En una oportunidad le pregunté a qué se debía que se tomara el trabajo de hacerle de correo a Germán y tuvimos el siguiente diálogo:

Claudio: Pasa que el chabón siempre se porta conmigo, ¿entendés?
Agarro la bici y le traigo lo que me pide.

Jeremías: ¿Pero no le cobrás nada? ¿No te tira nada a cambio?

Claudio: Sí, en abril el chabón tiene flores, y así como tiene, viene y me convida, o me manda mensaje para que vaya a la casa y lo ayude a cosechar. Ahí me tira algo también.

En este caso, la relación de don entre Germán y Claudio comprende tanto el intercambio de drogas ilegalizadas o la prestación de otros servicios (ir a buscar drogas fuera del barrio o facilitar contactos donde pegar drogas). Es decir, Claudio no es desinteresado, sino que entabla con Germán una relación de beneficio mutuo. El interés está puesto en diferido, se desplaza en el tiempo, porque si miramos los hechos en sí la acción puede ser vista como desinteresada, pero cuando reponemos el tiempo nos damos cuenta que los servicios que se prestan son una forma de retribuir lo dado. Aunque también es la manera de hacerse otra vez merecedor de una nueva donación.

Hay que entender que se trata de relaciones que vienen desde antes y no tomar los mandados como hechos aislados. Además, tengamos en cuenta que los usuarios no siempre tienen trabajo, no siempre andan con plata en el bolsillo, o la plata no alcanza. De modo que la forma de seguir participando de las drogas ilegalizadas implica asumir

las reglas que organizan el juego: una de ellas es el don, siempre dispuesto a ser modificado según las circunstancias y los intereses.

Asimismo, considerar que las donaciones son en contexto nos ayuda además a pensar lo interesado de lo supuestamente desinteresado en el don. Así, fueron varias las veces en las que observé que a Germán le pidieron una tuca mientras caminábamos por la calle. También pude notar que le enviaban WhatsApp o van a su casa para pedirle flores.

Si bien en un principio me pareció que tal vez se aprovechaban de él -porque nunca se negaba, al menos no de manera directa-, con el tiempo, y a medida que lo veía relacionarse, comprendí que no era tan simple su forma de vincularse con el interior del barrio. Al contrario, mirando con atención deduje que no es un donante ingenuo, despreocupado, desinteresado. Aunque no sea en el momento, él sabe que más temprano que tarde puede tener a cambio sus beneficios, los cuales muchas veces no son en devolución de drogas ilegalizadas, sino mediaciones para el acceso a las mismas.

Sebastián fue quien me lo expuso con un ejemplo concreto:

Es domingo al mediodía, corre el mes de abril de 2018. Me cruzo a Daniel¹¹ en la puerta de la iglesia y hablamos un rato.

Jeremías: ¿Todo bien? ¿Qué andás haciendo?

Daniel: Ando careta. Tengo ganas de fumarme una tuca, pero no sale nada.

¹¹Daniel (31) vive en el terreno de su familia, en su propia casa junto a su pareja (28) e hija (4). No terminó el colegio secundario y no tiene trabajo formal. De vez en cuando hace trabajos relacionados a la mecánica y la albañilería.

En ese momento se acerca Germán y habla con nosotros. Al igual que a mí, Daniel le comenta que no tiene para fumar.

Daniel: Sacame la careta, chabón. Tirame una tuca al menos.

Al instante, Germán se quita la mochila y de la misma extrae un frasco de plástico, luego lo vuelca sobre la palma de la mano y caen varias tu-cas. Agarra tres y se las da a Daniel, quien se muestra muy agradecido.

Al otro día, Sebastián me comenta que la tarde anterior fue a buscar a Germán para invitarlo a tomar una bolsa de cocaína, pero ninguno de los dos tenía dónde conseguir en ese momento, así que fueron hasta la casa de Daniel y le pidieron algún número para poder comprar. Daniel les dijo que él podía ir y traerles una bolsa. A los 30 minutos, Germán y Sebastián tenían la cocaína sin tener que haber dado nada a cambio, ya que el favor de Daniel de ir a comprar para ellos se debía a que en la mañana Germán le había convidado unas tu-cas.

De nuevo, si no entendemos que hay una relación directa entre lo donado por Germán y la devolución en forma de correo por parte de Daniel, y vemos a ambas como acciones aisladas, perdemos de vista que tales favores son interesados. Si solo presenciamos lo convidado por Germán o la devolución de favor de Daniel, no alcanzaremos a darnos cuenta del don, porque para reconocerlo hay que reponer el contexto y rastrear las trayectorias del don. Hay que prestar atención a lo que los actores hacen, y solo de esa manera reconocemos el don y nos insertamos en el interior de la red de relaciones.

Iniciativa en la donación

Otra forma de que el don circule es que quien esté en deuda sea quien tome la iniciativa en transformar lo que debería ser una devolu-

ción en drogas ilegalizadas por acceso a ellas. Aunque tal devolución no se resuelve en el aporte directo, sino haciendo que sea otro usuario quien convide. Así, aquel que está en deuda se posiciona en el rol de nexos entre usuarios, porque se trata de hacer la devolución a través de un tercero que es un par. Por ejemplo: un viernes de marzo de 2018 me encuentro junto a Germán en su pieza. Cerca de las 20, Mariano y Sebastián lo llaman desde la vereda. Salimos.

Sebastián: ¿Tenés la nota? Mariano anda con algo de plata, pero no tenemos dónde pegar.

Germán: Sí, de una.

Hacen el encargo y a las 22 h llega Guillermo con las bolsas y Sebastián, Mariano y Germán las abren en la pieza de este último.

Aquí, el dinero para comprar cocaína era de Mariano, Germán fue quien facilitó el acceso a la misma y Sebastián, por su parte, intervino para complementar lo que el primero y el segundo tenían para aportar. Entonces, Sebastián participó en la secuencia y aprovechó que Mariano quería comprar cocaína. Además, sumó a Germán, quien tenía la nota, y, a través de él, Mariano pudo comprar y el primero obtuvo una contraprestación por el favor. Es decir, Sebastián fue un nexo por medio del cual se materializaron contraprestaciones en la persona de Mariano y Germán, haciendo que cada uno sea el vehículo de devolución con respecto al otro.

El don diferido en tiempo y forma

Otra arista interesante de la contraprestación es que no necesariamente tiene que suceder en el momento o durante el mismo día.

Tampoco tiene que devolverse una cantidad semejante y ni siquiera la misma droga ilegalizada. Porque puede devolverse con el tiempo, directa o indirectamente, es decir, a través de terceros, involucrar a otros donantes (como ya vimos), o por medios de otros servicios o bienes.

Jeremías: ¿Sos de compartir con Germán? ¿Cómo es la onda con él?

Sebastián: Germán siempre me convida faso o me invita a tomar merca cuando tiene. El chabón no se corta solo, así que cuando me pide y yo tengo, algo le doy. A veces el chabón no tiene y yo sí, y se lo doy, aunque me quede sin nada. Una vuelta me mandó un mensaje un sábado como a las 2 de la tarde para pedirme un faso, porque se iba al cine con la novia y no tenía nada. Bueno, yo agarré el único faso que tenía y se lo llevé a la casa antes de que arranque para lo de la novia. El chabón se porta siempre y no lo voy a dejar tirado.

Para Sebastián, lo importante es portarse con quien siempre lo hace, no dejarlo tirado, y la manera de devolver el regalo será con otro regalo.

Es domingo por la tarde, mayo de 2018. Me encuentro junto a Germán en su pieza y Sebastián llama a su casa. Germán le abre y cuando Sebastián entra, le muestra una bolsa de cocaína y le comenta lo siguiente:

Sebastián: estaba al pedo en la esquina de casa y pasó Luis en la bici. Me preguntó si quería una bolsita; yo le dije que no porque no tengo plata. Pero me dijo que no importa, que me la regala. Y bueno, la agarré y me vine para acá.

Vemos que se trata de devolver el favor apenas se pueda y con lo que se tenga a mano, sin calcular si el otro dio más o menos. Porque

no es necesario devolver el favor con creces. Acá, lo importante es devolver, aunque lo que se devuelva no se corresponda con lo recibido.

Tal vez eso sea así porque el don no es un hecho aislado, sino que está inscripto en una cadena de regalos. Constituye un continuo que no se sabe muy bien cuando empezó y se sospecha que no terminará enseguida.

Forzar para que el don sea aceptado

Ahora bien, en relación con las situaciones en las que un usuario invita a otro cuando el segundo no lo espera, me tocó presenciar una escena en la que noté una cierta incomodidad en aquel que supuestamente iba a ser destinatario del don proporcionalmente inversa a la insistencia del donante para que su donación sea aceptada.

Es un jueves de diciembre de 2018 cerca de las 20 y nos encontramos hablando con Germán en la vereda de su casa. En un momento le llega un WhatsApp de Sebastián, quien le dice que encargó una bolsa de cocaína y lo invita a tomar. Entonces, Germán le responde que venga a su casa y a los pocos minutos llega Sebastián. Luego, entramos en la pieza de Germán y dice que tiene un faso para compartir mientras esperamos el mensaje por parte de Francisco, el *satrán* de Sebastián.

Fuman mientras escuchamos música, pero Francisco no responde. Entonces, Sebastián se cansa y dice que lo acompañemos a uno de los barrios de al lado, ya que ahí conoce a alguien que puede conseguir cocaína. Lo hacemos. Pero en el camino, da muestras de un malestar debido a no poder invitar a Germán:

Sebastián: El chabón me está cargando. Me dice a tal hora y después me deja tirado. ¡Cualquiera! Igual, yo por vos, porque quiero invitarte. Esa es mi bronca.

Germán: No pasa nada, quedate tranquilo. De última, hay faso en casa. Sebastián parece dispuesto a conseguir cocaína sí o sí.

Llegamos a la esquina de la casa del conocido de Sebastián y nos dice que tenemos que caminar tres cuadras, hasta la casa de un amigo de él, que a la vez va a enviarle un WhatsApp a un pibe que vende cocaína. Una vez allí, los intentos siguen siendo en vano, debido a que no hay posibilidades de comunicarse con la persona adecuada, por lo que emprendemos de nuevo el camino hacia la casa de Germán. Durante el trayecto de vuelta, Sebastián da muestras de un malestar mayor y vuelve a repetirle a Germán que quiere conseguir cocaína para invitarlo a él:

Germán: No pasa nada, no te hagas problema. Es jueves y se está haciendo tarde. Lo dejamos para el fin de semana.

Llegamos a la casa de Germán y Sebastián comprueba, enojado, que Francisco todavía no contesta. Nos quedamos en la pieza, hablamos, escuchamos música. Pasan las horas. De repente, Sebastián se levanta y habla:

Sebastián: Bueno, me voy. Tengo la re bronca porque te invito y no sale nada. Yo por vos, porque te invité y no se dio. Igual voy a ver si me contesta y vuelvo. Así que si me contesta a las 2 de la mañana, vengo a buscarte para invitarte a tomar.

Germán: No, dejá. Ya va a ser tarde y mañana tengo que hacer cosas. Lo dejamos para el fin de semana.

Sebastián dice que sí, que está bien, pero antes de irse vuelve a repetir que su bronca es porque quería invitarlo y no se dio, y que si le contesta más tarde, viene igual. Una vez que Sebastián se va, Germán me dice: “Estaba cargoso el chabón. Si salía temprano está bien, pero tampoco nos vamos a quedar manijas hasta la madrugada para ver si sale una bolsa”.

Puede que Sebastián, al ser receptor del don la mayoría de las veces, cada vez que tiene la oportunidad de invitar insiste en que quede claro que lo está haciendo. Pero en aquella ocasión, Germán tenía otros planes, y aunque no manifestó malestar en presencia de Sebastián y tampoco negó en querer recibir el don, al menos en principio, sí fue perdiendo las ganas de acceder a la prestación a medida que transcurrían las horas y no conseguían cocaína.

Más allá de que la situación comenzaba a generar malestar en Germán, me pregunté si además de eso no contribuyó en su molestia el hecho de que Sebastián se mostraba ofuscado demasiadas veces, y de forma exagerada, por la falta de acceso a la cocaína. Tampoco percibí que Germán tuviera las mismas ganas que Sebastián de conseguir cocaína esa noche. Es más, me pareció que solamente accedió porque Sebastián lo invitó. Pero al pasar el tiempo, tener que caminar y encima empezar a soportar los arrebatos de su amigo, Germán fue perdiendo todo interés. Además, no tenía ganas de que Sebastián vuelva a buscarlo a las 2 de la mañana de un jueves. Este era un regalo que se demoraba en el tiempo, con muchos rodeos que pueden desalentar a cualquiera. De esta forma, tal vez no haya que dar por descontado que el don se acepta sin más. Porque si el regalo se demora en el tiempo, si viene con muchas vueltas, si la promesa del regalo aceptado se frustra, entonces estamos o podemos estar

de nuevo en el punto de partida. De hecho, la frustración del regalo prometido termina siendo más una molestia que una buena manera de pasar el rato.

El don como articulador de relaciones indirectas

En distintas ocasiones, Sebastián, Marcelo, Claudio y Daniel me comentaron que Germán suele hacer bizcochuelos con marihuana y reparte porciones por el barrio. Esto me llevó a pensar en otra manera en la que el don se manifiesta. Y lo interesante aquí no es que Germán sólo convida, sino que las porciones de bizcochuelos suelen llegar de forma indirecta a personas del barrio que no necesariamente son tan cercanas a él. De esta manera, por fuera de las intenciones del donante, su donación alcanza a usuarios de drogas ilegalizadas que en principio no fueron tenidos en cuenta al comenzar el don, el cual se abre camino estableciendo vínculos mediados, interconectados a través de personas en común.

Una tarde de sábado de mayo de 2018, en la que nos encontramos Mariano, Sebastián, Germán y yo en la vereda del almacén de enfrente de la casa del último, se acerca Raúl para comentarle que Daniel le convidó un poco de bizcochuelo:

Raúl¹²: ¿Qué le pusiste a ese bizcochuelo? Me lo crucé a Daniel re loco y me dijo: “Probá esto que me pasó Germán”. Y bueno, yo le mandé. Comí y me fui a comprar unas cosas. Pasó un rato y empecé a sentirme raro. Fui para casa y no sé hasta qué hora estuve así.

¹²Raúl (46) tiene un hijo de 18 años. Vive en el terreno de su madre, delante de su casa. Hace conexiones eléctricas en el barrio.

Germán: ¿Y qué onda? ¿Pegó?

Raúl: Me cagué de risa toda la tarde. Me crucé a Daniel de nuevo y nos cagábamos de risa juntos.

La segunda escena involucra a Matías¹³, quien me contó lo que había sucedido un sábado a la tarde, durante abril de 2018. Relata:

Matías: Una vuelta estaba en casa, no sé qué estaba haciendo. Era un sábado, así que seguro estaba al pedo. Y en esa cae mi hermano, Mariano con dos porciones grandes de bizcochuelo. Me dice: “Mirá lo que me dio Germán. Agarrate una, pega una banda esto”. Y yo agarré. Me fijé y se notaba todo el faso. Todo verde estaba (risas).

Jeremías: ¿Y lo comiste en el momento o lo guardaste?

Matías: No, comí y me quedé viendo la tele un rato. Y en eso, no sé cuánto tiempo pasó, quedé re loco de golpe. No entendía nada. Estuve así un par de horas.

Jeremías: ¿Y le contaste a Germán?

Matías: Al otro día. Me lo crucé y le conté. Nos cagamos de risa, así que mató la onda del chabón.

Resulta interesante ver cómo el don se realiza de forma indirecta, ya que son poco frecuentes las ocasiones en que Germán y Matías comparten de forma directa alguna droga ilegalizada. De modo que me di cuenta de lo siguiente: si solamente tenemos en cuenta a las relaciones de intercambio en su forma directa, el don tendría un alcance bastante

¹³Matías (42) tiene 1 hijo. Vive en la casa de sus padres junto a ellos y 4 de sus 7 hermanos, más las respectivas parejas e hijos. Trabaja como mecánico en el taller de su hermano mayor.

limitado. Se detendría en las personas con las cuales se comparte de primera mano. Pero el comentario de Matías me hizo ver las cosas de otra manera: las relaciones de intercambio se desplazan en el tiempo, se prolongan, se demoran, pero además se extienden a través de una red de relaciones que excede las grupalidades particulares. El don abre al grupo, agranda el universo de relaciones, es una fuente de generación de nuevos vínculos. Es una excusa para tejer otras relaciones, conocer personas, etc. En otras palabras: el don funda lazos sociales.

Don y trueque

Ahora bien, al continuar con el análisis de las múltiples manifestaciones del don, en una oportunidad observé que este puede hacerse presente en tipos de contraprestaciones que se entrecruzan con los popularmente denominados trueques, aunque sin confundirse. Por lo menos, eso interpreté cuando vi que se intercambiaba un tipo de droga ilegalizada por otra droga legalizada sin dinero de por medio.

Es jueves a la noche de diciembre de 2018. Nos encontramos Marcelo, Claudio, Germán y yo. Fuman marihuana y toman cerveza mientras hablan de sus familias, trabajos y estudios. Al rato llega Gustavo¹⁴ y le pregunta a Marcelo si tiene alguna nota y contesta que sí. Le pregunta cuánta cantidad quiere comprar y Gustavo le dice que 600 pesos. Entonces, llama a Guillermo y este llega a los 10 minutos. Marcelo se acerca al auto, realiza el intercambio y le lleva tres bolsas de 200 pesos de cocaína a Gustavo.

¹⁴Gustavo (40) vive con su esposa y dos hijas, de 8 y 10 años. Es dueño de una carnicería cerca del barrio.

Gustavo: Ah, pero es merca. Yo no quiero tomar ahora. Pensé que salía faso. Quiero fumar nada más.

Marcelo (a Germán): Gordo, vos tenés faso. Hacé un cambiasso y fue.

Germán: De una. (A Gustavo) Te cambio una bolsa por algo de faso.

Gustavo: Bueno, tirame algo de faso y pongo una bolsa para todos.

Así, Germán va a buscar un pedazo de faso y Gustavo abre una bolsa de cocaína para compartir.

La situación recientemente descrita me permitió volver sobre una escena anterior en la que sucedió algo parecido, pero sin dudas más compleja. Porque en la misma, además de trueque también hubo dinero de por medio.

Es un sábado a la noche de mayo de 2018. Nos encontramos Germán, Sebastián, Mariano, Marcelo y yo en la esquina de la casa del primero. Ellos esperan que pase alguien que pueda aportar el número de algún vendedor, pero esa noche no tienen suerte.

Vemos que Javier¹⁵ se acerca caminando por la calle y Germán le pregunta si puede conseguir cocaína. A cambio, le ofrece una bolsa de flores de su cosecha. Javier accede, llama a un vendedor y luego, junto a Germán, vamos a esperarlo en la puerta de la iglesia.

¹⁵Javier (32) vive en un barrio vecino junto a su pareja y una hija de 1 año que tuvieron juntos, además de 3 hijos que ella tuvo con otras personas. Javier también tiene un hijo de 10 años, el cual vive con su ex pareja, la madre del nene. Hace tres años que Javier volvió de Estados Unidos, en donde su ex cuñado, dueño de una pyme allí, lo empleaba. Según él, regresó porque extrañaba el barrio y allá se aburría, a pesar de que ganaba dinero en dólares. En Argentina trabaja haciendo changas de albañilería o electricidad. Al igual que otros miembros de su generación, estuvo internado en un centro de rehabilitación debido a usos abusivos de pasta base.

Cuando llega el transa, Germán le compra cocaína. Pero antes de irnos, escucho que el vendedor le pregunta a Javier qué tiene en la bolsa. El segundo responde que lleva flores, y agrega que se la cambia por tres bolsitas de pasta base. El vendedor acepta.

Vemos aquí más de un intercambio, más allá de la transacción de dinero por cocaína entre Germán y el vendedor. Primero, Germán y Javier intercambian flores por acceso a cocaína. Luego, Javier y el vendedor intercambiaron flores por pasta base. De este modo, Germán utilizó sus flores para tener acceso a un vendedor de cocaína. Por lo tanto, lo que intercambió fue una droga ilegalizada por el acceso a otra droga ilegalizada, no fue un trueque directo y tuvo que pagar la cocaína. A la vez, Javier intercambió acceso a droga ilegalizada por otra droga ilegalizada en un primer momento, para transformar a la primera en otra droga ilegalizada. Por último, el vendedor obtuvo dinero por cocaína y flores por pasta base, es decir, transacción y trueque a la vez. Así, el don se solapa al trueque. Sucede que tanto el don como el trueque son dos formas de organizar los intercambios, pero mientras el don prolonga las relaciones (encantadas) en el tiempo, el trueque agota las relaciones (desencantadas) en el momento en que tiene lugar.

El ejercicio del don como beneficio mutuo

A lo largo de la investigación pude notar que el don entre usuarios de drogas ilegalizadas que generalmente se hacen devoluciones semejantes sucede de formas particulares. Entre ellas, se establece la posibilidad de asegurarse, en la medida de lo posible, que pocas veces van a quedarse sin drogas ilegalizadas.

Una mañana de domingo de abril de 2017, me encuentro junto a Marcelo en la parte de la vereda del fondo de la casa de Germán, en la cual el primero suele sentarse a fumar. Además de Marcelo y yo, también están Ramón¹⁶ y su cuñado. Marcelo no tiene para fumar y le envía WhatsApp a Germán para que le convide flores, ya que por esos días este tiene de su propia cosecha. Como Germán no contesta, Marcelo me pide que lo acompañe a la casa de aquel. Una vez allí, Marcelo llama a la puerta y lo atiende la abuela de Germán. El diálogo que pude registrar es el siguiente:

Abuela de Germán: No está tu amigo.

Marcelo: Bueno abuela, ábrame la puerta igual, así paso a buscar algo.

Abuela de Germán: Ya desde temprano querés fumar vos (risas). Bueno, ahí te abro.

Marcelo: Gracias, abuela (risas). Le voy a sacar un poco de faso al gordo así fumamos con los vagos acá a la vuelta.

Una vez dentro de la pieza de Germán, Marcelo abre un cajón y busca una bolsa, luego se dirige hacia una caja de cartón grande, la cual está llena de cogollos, y después mete bastante en la bolsa. Pero antes de salir me dice: “Bancá que le doy un poco de la pipa así salgo re loco. Total está todo bien con el gordo, siempre nos convidamos entre nosotros.

¹⁶Ramón (45) trabaja informalmente para una empresa de transporte. Vive con su esposa y su hija (8). No tiene estudios secundarios y estuvo unos meses en la cárcel. Según me dijo, lo acusaron de haber violado a una mujer, pero luego de varias movilizaciones por parte de personas del barrio y de haberse comprobado que le armaron una causa, fue liberado.

De este modo, mientras nos encontramos dentro de la pieza, Marcelo me dice que con Germán se llevan bien ya que siempre comparan entre ellos, porque no se mezquinan nada y cuando uno tiene marihuana, convida, y cuando el otro tiene cocaína, también. Según él, así construyeron una relación que les permite a ambos tener pocas chances de quedarse sin fumar marihuana o de tomar cocaína.

Este tipo de funcionamiento del don requiere ganarse la estima entre los donantes, ya que no funciona de la misma forma si no se realizan devoluciones más o menos acordes a lo esperado en tiempo y forma por los partícipes. Se trata de ganar prestigio, de acumular un capital simbólico que permita que entre donantes se tenga en cuenta al otro como alguien que siempre se porta, aquel que zafa la careta.

Una de las últimas ocasiones en las que presencié que Marcelo le realizaba una donación a Germán fue la siguiente: es una noche de sábado de diciembre de 2018 y estamos con Germán en el patio de su casa. Hablamos y escuchamos música, y cada tanto él se fija si Marcelo le responde los WhatsApp para poder comprar faso, así fuman juntos. Ya se acerca la medianoche y Germán me comenta que como no sale nada, entonces va a acostarse. Pero al instante le llega un WhatsApp de Marcelo. Le dice que tiene un faso y que en un rato pasa, así fuman. Luego de 30 minutos, Marcelo se acerca al patio de Germán y este le abre la puerta. Marcelo va directo hacia la pieza y le dice: “Mirá lo que tengo, gordo. Le mandé mensaje a Guillermo, me tiró una bolsita y me vine para acá. Zafamos”.

Vemos que se zafan la careta uno al otro cuando no hay nada. Porque si bien Marcelo salió sorteado con cocaína y pudo haber hecho uso de la misma de forma individual, sin decir nada a nadie, fue en busca de Germán y la compartió con él.

Luego de que se toman dos rayas cada uno, salimos al patio y nos quedamos hablando. Germán me dice: “Me re zafó el gordo, ya me estaba acostando”. A lo que Marcelo contesta: “Sí, justo salió. Mejor si estamos acá, así no se nos pega ningún sogá. Esos te la quieren tomar toda”.

La misma situación pude ver cuando es Germán quien tiene cocaína: es un sábado a la noche de septiembre de 2018. Nos encontramos en la pieza de Germán, que recién llega de la casa de su tío¹⁷ en dónde consiguió dos bolsas de cocaína. Mientras abre una bolsa, hablamos y me comenta que va a escribirle a Marcelo así toman juntos. Entonces, le envía un WhatsApp que dice: Gordo, ¿querés tomar? Y Marcelo contestó: “Sí, ahí voy”. A los 2 minutos, Marcelo ya está en la pieza de Germán.

Marcelo: Me re zafó. Yo me estaba acostando ya, no salía nada. Tiré mensajes y nada. Pero bueno, salió así.

Jeremías: Menos mal que te avisó.

Marcelo: Y sí, me avisa porque yo siempre le aviso a él cuando tengo y lo invito a tomar.

Más allá de que se puede entrever una cierta paridad en cuanto a intercambios entre Marcelo y Germán, capté otras aristas a interpretar en esta relación. En general, toman cocaína juntos, pero salvo algunas ocasiones, hablan muy poco. Germán suele quedarse callado y escucha música. Por su parte, Marcelo no tarda en sacar su celular y ponerse a jugar con él. Se quedan así hasta que Marcelo, muchas veces de la nada, se levanta y se va luego de mirar por la ventana de

¹⁷Es muy frecuente que Germán le compre marihuana y cocaína a su tío, quien hace de pasamano, es decir, revende drogas ilegalizadas. Allí, la marihuana prensada en un paquete de 25 gramos cuesta actualmente 800 pesos y la bolsa de cocaína de casi un gramo sale 300 pesos.

la pieza o a través de las rejas, en caso de encontrarse en el patio. Y cuando Marcelo dice que se va, Germán se limita a abrirle la puerta y se despiden en voz baja y sin mirarse a la cara entre ellos.

En una oportunidad le pregunté a Germán por qué hablan tan poco entre él y Marcelo cuando hay cocaína de por medio:

Germán: No sé. Por ahí no tenemos mucho de qué hablar. Cuando hay más gente jodemos más. Pero al gordo le pega así: se queda callado, mira por la ventana y se va. Después capaz que vuelve. Pero ya lo conozco, sé que le pega así.

Jeremías: Igual se invitan entre ustedes.

Germán: Sí, él siempre invita así que yo lo invito.

Jeremías: Pero ¿cómo la pasan entre ustedes dos?

Germán: Está mejor cuando hay más gente. Ahí jodemos más entre nosotros.

Más de una vez me pregunté si se invitarían si no fuese porque hay un intercambio de drogas ilegalizadas casi proporcionalmente equivalente entre ellos. Pero igualmente, a medida que presté atención al vínculo que establecen, opté por deducir que no tenía sentido preguntarse por eso al tener en mente un tipo de amistad pura, basada en el desinterés. Comprendí como válido que su relación sea la de saber que uno siempre va a zafarle la careta al otro, y que el diálogo fluido entre ellos quede para ocasiones en las cuales haya más usuarios de drogas ilegalizadas presentes.

Relaciones diversas según las drogas en juego

Los bienes que se intercambian a través del don no constituyen un dato menor, debido a que influyen en los vínculos de manera di-

ferencial. Así, las relaciones de intercambio encantadas no serán las mismas si se trata de cocaína, marihuana, LSD o pasta base y, además, depende de las formas que los partícipes hagan uso de ellas.

Cada droga ilegalizada impone sus criterios particulares, es decir, abre o cierra el círculo, hace durar menos o más la situación. También son diferentes los diálogos y códigos que se establecen a su alrededor. Por ejemplo, cuando hay marihuana de por medio, la relación entre Germán y Marcelo es distinta, y puede decirse que el diálogo es mucho más fluido, hay chistes y risas entre ellos. O sea, comparten el mismo lugar y momento. Llegan a una especie de sintonía. Establecen algún tipo de conexión.

Pero cuando se trata de cocaína, la relación entre Germán y Marcelo es, según pudimos ver antes, diferente. Aunque la cuestión no es tan simple, ya que también depende de los usos que hagan de la misma. Es decir, a veces Marcelo se encierra en su pieza y cocina la cocaína. Otras veces lo hace en la pieza de Germán. Pero de todas maneras, el diálogo entre ellos se interrumpe, sea porque se separan momentáneamente o por el efecto mismo de los distintos usos de cocaína¹⁸. Otras veces, Marcelo arma un nevadito, y en estos casos sí comparte con Germán.

Un viernes a la noche de octubre de 2018, Germán, Marcelo y yo estamos sentados en el paredón que da al fondo de la casa del primero y al lado de la del segundo. Ellos esperan a Guillermo, y cuando este viene, Marcelo compra dos bolsas de cocaína. Luego, se acerca a Germán y le da una de ellas, y se queda con la otra. Le dice: “Yo me voy a encerrar un rato y después voy para tu pieza”.

¹⁸Cuando Marcelo cocina cocaína y luego la fuma, suele quedarse callado y mirando a un punto fijo en el piso durante unos minutos.

Cuando me encuentro solo con Germán, le pregunto por qué se separan y me contesta lo siguiente: “Pasa que el gordo la cocina... a veces quiere estar solo. A mí eso no me gusta, prefiero tomarla. A él le gusta mucho fumarla, sola o con faso. Le cabe el nevadito. Igual, después viene a casa y le convido si me quedó, pero cada uno curte su mambo a veces”.

Al pasar más o menos 40 minutos, Marcelo golpea la ventana de la pieza de Germán y este le abre la puerta. Cuando Marcelo entra, dice: “¿Te quedó algo? Yo traje un nevadito. Invítame una raya y después lo fumamos”. Germán contesta: “Sí, gordo. Ya sabía que te ibas a fumar toda la merca. Acá te dejé alto lagarto”.

De esta forma, vemos que no necesariamente comparten la misma manera de relacionarse entre ellos cuando hay cocaína, más allá de que a los dos les guste esa droga ilegalizada en particular. En este sentido, pasa algo parecido con el LSD. Es que, si bien comparten la pepa, no así el disfrute de esta.

En una tarde de domingo de septiembre de 2017, Pamela¹⁹ invita a su hermano Germán y a Marcelo a compartir LSD. Ella trajo dos cartones, así que los dividen entre los tres.

Vamos a la pieza de Germán y allí cortan los cartones y se los ponen en la boca. Al pasar unas dos horas, Pamela y Marcelo quieren comprar cerveza, así de paso, según dicen, disfrutaban del afuera. Pero Germán prefiere que vayan ellos solos, ya que él tiene ganas de quedarse adentro. Entonces, les abre la puerta y yo opto por ir con Pamela y Marcelo.

¹⁹Pamela (25) vive con sus padres y dos de sus cuatro hermanos. Estudia Licenciatura en Enfermería, pero suspendió la cursada por el momento debido a su embarazo.

En el camino hacia el almacén me comentan que no entienden por qué Germán prefiere estar encerrado, ya que para ellos lo mejor de estar empedados es relacionarse con las personas, y para eso hay que estar afuera.

Al volver, se dirigen a la pieza de Germán y le gritan por la ventana: “Dale, salí. Vení a divertirme afuera. No te quedes encerrado”. Desde el otro lado de la ventana, Germán contesta: “Déjenme acá, estoy re loco. No quiero salir, estoy escuchando música y después voy a mirar una película”.

De esta forma, a pesar de que Germán y Marcelo son donantes equivalentes entre ellos, experimentan las drogas ilegalizadas que comparten de forma distinta. Y se trata de una cierta diferencia que se pronuncia más al haber alguna droga ilegalizada que no comparten. Por ejemplo, cuando hay pasta base, lo común es que Marcelo se encierre en su casa un rato y después vuelva, o la fuma en presencia de Germán.²⁰ En situaciones como ésta, el diálogo se corta mucho más que cuando comparten cocaína, debido a que es una droga ilegalizada que tienen en común, pero no así la pasta base.

Hay situaciones en las que Marcelo compra pasta base y Germán cocaína, y cada uno se va para su casa, más allá de que, luego, Marcelo busca a Germán para que le convide cocaína.

Con respecto a esto, Germán me comentó lo siguiente:

²⁰La pasta base puede fumarse en una pipa casera o hacer un fili wey con ella. Lo último requiere de marihuana prensada, para de esa forma volcar pasta base en ella y fumar así un llamado porro ensuciado.

Germán: Cuando Marcelo tiene paco, se encierra en su casa. Después viene y quiere tomar merca porque se fuma toda la base al toque.

Jeremías: ¿Siempre se le termina rápido?

Germán: Se la manda toda junta el gordo, y encima el efecto pasa muy rápido.

Jeremías: Ya sabés que va a volver al toque, entonces.

Germán: Sí, yo le guardo algo porque sé que va a venir corriendo a querer tomar. Después va a querer fumar un nevado para bajar, porque es una catarata de emociones cuando se droga.

En esta faceta, lejos de interrumpirse, el don se reproduce a través de las relaciones que traban Marcelo y Germán, a pesar de todas las diferencias que podamos señalar entre ellos. Porque no se trata de pensar en que no deberían compartir o pasar el rato juntos si no disfrutan de las drogas ilegalizadas de formas similares, o si no comparan la totalidad de las mismas o sus variantes a la hora de utilizarlas. Por el contrario, todas estas diferencias no obstaculizan el don, sino que lo complementan.

Lo importante está en que se zafan la careta mutuamente y lo saben. Luego, que haya diferencias es algo que entienden que debe subordinarse a que uno es refuerzo del otro a la hora de querer hacer usos de drogas ilegalizadas y conseguir las mismas. Más allá de que en algún momento alguno puede que no comprenda el mambo del otro, el don circula a pesar de y sobre tal incompreensión.

Pero además, no debemos obviar que la relación entre ellos tiene el plus de ser sostén de ansiedades y malos mambos. Vimos que Germán sabe cómo le pega a Marcelo y se adelanta a este para cubrirlo de cualquier falta de cocaína o marihuana que pueda ponerlo más ansio-

so. Por otro lado, hay que tener en cuenta que aceptan las maneras en que cada uno se relaciona con las drogas ilegalizadas que comparten, sin reclamarse demasiado por los encierros o las formas de sobrellevar las ansiedades.

La importancia de la confianza para que circule el don

Lo central aquí es entender que este tipo de circuito del don no se establece con cualquier persona. Por el contrario, se realizan distinciones basadas en apreciaciones subjetivas y/o experiencias previas que para las personas confirman el porqué de tales distinciones. De hecho, más allá de que entre Marcelo y Germán existan muchas diferencias políticas, ideológicas, etc. (he presenciado discusiones entre ellos sobre temas diversos), ambos saben que el otro es confiable.

Para ellos, la confianza es lo más importante, es lo que priorizan. Una confianza que se construye en torno al uso compartido de drogas ilegalizadas, que se organiza a través de esta cadena de regalos mutuos. Entre ellos existe un espíritu de camaradería que no solo crea condiciones de posibilidad para que tenga lugar el don. También la confianza es objeto de intercambio. Porque se aporta confianza y se devolverá confianza.

Al dividir ellos mismos a los demás usuarios de drogas ilegalizadas en confiables y no confiables, es importante tener una buena relación con aquellos pocos que, según Marcelo, vale la pena compartir lo que uno tiene.

Jeremías: ¿Sos de convidar drogas a todos o seleccionás a quién sí y a quién no?

Marcelo: Yo comparto con pocos. Dos o tres nada más, porque no confío en casi nadie.

Jeremías: ¿Por qué?

Marcelo: La mayoría te soguean, se te trepan. Cuando quieren fumar, cuando quieren tomar, vienen. Después se van, y nunca convidan nada. Y tienen. Tienen para comprar, tienen para convidar. Se hacen los boludos nada más. Prendés un faso y te aparecen. Te lo fuman, te toman la birra, y si te sacan la ficha de que estás esperando que te traigan una bolsa, no se van más.

Jeremías: ¿Hacen esa?

Marcelo: Sí. Otra que hacen es que se encierran a tomar solos, y después, cuando quieren bajar, vienen a escabiar y a fumar de arriba. Cualquiera la que hacen. A esos no hay que pasarles cabida.

Jeremías: ¿Y qué hacés cuando pasan esas cosas?

Marcelo: Yo veo que me hacen una y corto. Por eso me junto con un par nada más, con los que sé que podemos estar acá tranquilos, compartiendo.

La confianza entonces es un dato central. No todos los actores tienen ganada la misma confianza. De modo que el don, la festividad que envuelve al intercambio, dependerá de la confianza que exista entre los protagonistas.

El don en situaciones de abundancia y variedad de drogas

Con respecto a la relación entre Marcelo y Germán, encontré una característica más del don. Ellos me permitieron ver que no solo aparece en situaciones de escasez para salvar a aquellos que en ese mo-

mento no tienen nada, sino que además puede contribuir a la abundancia o variedad de las drogas ilegalizadas.

La siguiente situación puede mostrar cómo el don no actúa solamente para llenar vacíos, sino que además aporta abundancia y diversificación, para mandarle con de todo, para que la fiesta esté aún más completa.

Es 31 de diciembre de 2017 a las 18. Marcelo y yo nos encontramos sentados en la vereda de su casa. Al rato, llega Germán y dirigiéndose a Marcelo, le dice: “Gordo, mirá lo que traje. Uno para vos y otro para mí”. Se trata de dos cartones de LSD, de los cuales Germán le extiende uno a Marcelo. La respuesta por parte de este último es: “Bueno, si yo salí sorteado, vos también. Bancame.” Entra a su casa y a los pocos minutos sale y deposita en la mano de Germán una bolsa de cocaína. Le dice: “Pegué una buena piedra hace un rato. Hacemos mitad y mitad. Después de las 12 cae Claudio con faso y tomamos los tres”.

Como dijimos arriba, el don encanta las relaciones, son regalos encantados, que tienen la capacidad de avivar la grupalidad, sacarlos del tedio, de improvisar la joda en cualquier momento. Cuando no se puede salir del barrio o es muy difícil hacerlo, el uso compartido de drogas es la mejor excusa para reponer la fiesta y agregarle más diversión.

Malentendidos sobre el don

Ahora bien, si retomamos todo lo que hasta aquí pudimos decir sobre el don, vemos que su economía tiene comienzos en las propias relaciones sociales. Pero cuando se mira desde el exterior de las grupalidades o de la cadena de prestaciones y contraprestaciones, puede que no se vea el circuito completo y tienda a pensarse los intercam-

bios no como forma de don, por lo tanto, no como intercambios, sino como mero interés o formas de sacar ventaja sin hacer aportes.

En este sentido, al don lo entienden, o mejor dicho, lo experimentan los usuarios de drogas ilegalizadas que se relacionan al interior del barrio de manera cotidiana. Saben bien que anteriormente otro donó y que uno debe hacer la devolución. Comprenden al don como circular porque tienen la experiencia concreta de un fin de semana tras otro en el mismo barrio y con las mismas personas. Estas vivencias pueden que no se aprecien si uno viene de afuera, ya que no sabrá distinguir si aquel que está usando drogas en grupo está regalando o devolviendo lo regalado o si está queriendo colarse en la foto.

Ese no saber muchas veces trae aparejado desconfianzas y recelos. Si lo miramos desde la perspectiva de aquel externo al barrio, vemos que viene alguien del barrio que quiere algo gratis y no a una persona que generalmente hace su aporte, su donación, y que por lo tanto está en lo correcto, según reglas intrabarriales, en hacer su reclamo implícito o explícito de que le sea devuelto lo que en otro momento supo donar. Es justamente lo que está implícito, lo que no se ve o no entiende aquel externo al barrio, lo que hace al don, lo que lo distingue de otras relaciones de intercambio. Es decir, los actores barriales saben que están en deuda y por tal motivo no tienen demasiado margen para la negativa y deben integrarlo, pero el externo al barrio no lo sabe. Por eso mismo, se trata de momentos en los que se producen malentendidos entre perspectivas encontradas que no están entendiendo lo mismo, o están observando eso mismo desde lugares diferentes.

Comprendí esta situación desde la perspectiva externa no hace mucho tiempo, cuando un amigo de Germán vino al barrio y participó de las relaciones aquí abordadas.

Un domingo de abril de 2018 a la noche vino al barrio el amigo de Germán, llamado Gastón.²¹ En principio, Germán y yo estábamos en su pieza y me pidió que lo acompañe a la parada para esperar a su amigo. Nos encontramos con él cuando bajó del colectivo y emprendimos los tres la vuelta a la casa de Germán. A mitad de camino vimos a Marcelo y a Pamela comprando cerveza en un almacén. Nos quedamos esperando que terminaran, para volver con ellos, y luego comenzamos a caminar los cinco juntos. Una cuadra después nos encontramos a Sebastián y nos dijo que le había enviado mensaje Francisco para avisarle que jugaba y que pidió que reservaran la cancha. Entonces comenzaron a sacar cuentas para ver cuánta plata ponían cada uno y ver cuántas bolsas comprar. Cada bolsa costaba 250 pesos, y entre los cuatro por lo menos querían comprar dos.

Sebastián no tenía plata, pero todos los presentes asumieron que se lo iba a incluir debido a que había aportado la nota. Con 125 pesos que cada uno de los cuatro iba a pagar juntaron 500 pesos para dos bolsas, así que Sebastián arregló con Francisco para que se acercara a la esquina de la casa de Germán. Francisco confirmó y dijo que en una hora estaría ahí. Mientras esperábamos en la esquina de la casa de Germán, debajo del árbol, se acercó Daniel y preguntó: “¿Qué onda que están todos ahí? ¿A quién esperan?” Y se sumó a la ronda. Cuando llegó Francisco, Sebastián juntó la plata y realizó el intercambio. Luego, todos nos dirigimos a la pieza de Germán. Una vez ahí, los seis tomaron las dos bolsas. Al pasar el rato después de terminada la cocaína,

²¹Gastón (29) vive en Recoleta, pero nació y creció en el sureste del conurbano bonaerense. Es soltero y no tiene hijos. Estudió y se graduó en dirección de guion de cine y trabaja en una productora independiente. Es amigo de Germán desde el primer año de secundaria, en 2004.

comenzaron a irse de a uno hasta quedar solamente Germán, Gastón y yo. Ellos tuvieron el siguiente diálogo:

Germán: Estuvo bueno, ¿no? Vinieron copadas las bolsas.

Gastón (con algo de seriedad): Sí, vinieron bien. Pero se sumaron un par que no pusieron nada y los que pagamos terminamos tomando poco.

Germán: Bueno, pero no podíamos descartar a Sebastián. Él puso la línea. Igual, si lo decís por Daniel, tampoco le podíamos decir nada. El chabón sacó la ficha al toque que estábamos haciendo la movida y se quedó. No lo podíamos descartar. Un par de veces le tiramos mensajes para decirle que no teníamos nada y el chabón cayó con una o dos bolsitas y las aportó.

La descripción de esta escena sirve para mostrar cómo, en determinadas circunstancias, el circuito del don se despliega de forma diferente ante la mirada externa a las relaciones intrabarriales en torno a los usos de drogas ilegalizadas. De hecho, aquel externo al barrio puede que no haya visto don alguno. En definitiva, lo que Gastón vio fue lo siguiente: pagaron solamente cuatro personas de las seis. Una aportó el dato así que no había mucho para decirle, pero la otra, vino y tomó de arriba.

De todas formas, a partir de esa situación y del intercambio de opiniones con Germán, Gastón supo entender la composición de los lazos desde la perspectiva nativa. Y de más está decir que no sólo él comprendió la perspectiva de los usuarios de drogas ilegalizadas del barrio, sino que me ayudó a mí a contrastar su visión con la de los últimos. En definitiva, generó un conflicto de miradas que me permitió encontrar un espacio en donde ver lo conflictivo del don, ya que está hecho de confianzas, pero también deja lugar para las desconfianzas.

Entonces, las eventuales desconfianzas entre algunos de los actores les agregan tensión a las relaciones de intercambio. Puede que lo obstaculicen o transformen. Porque el don no siempre es el mismo don. Dependerá de la confianza que exista entre los pares, del capital simbólico acumulado por cada uno de ellos, del eterno retorno de las cadenas de regalos de la que forman parte sus usuarios.

Es interesante contar lo que pasó en otra oportunidad en la que Gastón visitó el barrio luego de lo ocurrido aquella vez. Es sábado de diciembre de 2018, cerca de la 1, y nos encontramos en el paredón que da al fondo de la casa de Germán, al lado de donde vive Marcelo. Estamos él, Juan²² (su cuñado) y yo, y Germán le envía WhatsApp a Marcelo para decirle que vayamos a la casa. Junto a Germán está Gastón, y al llegar nos invitan a sentarnos en el patio delantero. Al cabo de unos cinco minutos de estar ahí, Germán entra a su pieza y al instante sale con una de las puntas de su DNI cargada de cocaína. Se acerca a Juan y le ofrece. En ese momento observo a Gastón y veo que toma la situación con total naturalidad y que, al pasar un rato, se encuentra hablando con Juan.

Cerca de las 5 de la mañana, Marcelo y Juan deciden irse, así que solamente quedamos Germán, Gastón y yo:

Gastón: Es copado Juan. Me contó bastante de su vida.

²²Juan (23) se encuentra en pareja con la hermana de Marcelo y tienen un hijo de cinco años. Viven en la parte de atrás de la casa de la madre de Marcelo. Hace unos meses lo despidieron de la fábrica en donde trabajaba y con la indemnización se compró un auto y ahora hace viajes de Uber.

Germán: Sí, antes no me llevaba tanto con él. Ahora está todo bien. Es un chabón que siempre que tiene, convida. Por eso le di un par de pases. Disculpá si no te consulté, porque compramos entre los dos.

Gastón: Está bien, si el chabón convida siempre, hay que convidarle también. Aparte vino con dos cervezas y después compró dos más.

En esta ocasión, y a partir de la experiencia con Daniel, Gastón no tardó en comprender que el hecho de que una persona (en este caso Juan) no haya aportado plata en ese momento (para comprar cocaína), no significa que no lo haya hecho antes. Gastón entendió que, si Germán le convidaba, por algo era: se debe a que los intercambios encantados se demoran en el tiempo, la devolución de lo dado llega en diferido. Entonces, Gastón interpretó que esa era una de las tantas fases de un círculo de prestaciones y contraprestaciones que excedían a lo que él podía presenciar, pero a partir de ese momento tuvo la certeza de que existía.

Reflexiones provisionarias sobre el don

El don se hace presente de forma cotidiana, va y viene a través de distintos actores, construye lazos entre ellos, activa la grupalidad y la encanta, es motor de las relaciones entre pares, una parte importante de su composición y las dinámicas del grupo. Pero el don excede también a la grupalidad, ya que conecta usuarios de drogas ilegalizadas de grupos diferentes o aparece para que los mismos traben una relación efímera, del momento, pero que intervienen en las prácticas de los usuarios de tal forma que el don termina siendo un motivo para la acción de lo cotidiano de los fines de semana.

El don no solo cierra los grupos, sino que además los abre, los conecta. De esta forma, las drogas ilegalizadas van y vienen, pasan de un actor a otro, o de un grupo de alguna esquina a otro grupo de otra esquina. Participar del don es una forma de interiorizar una conducta, es guiarse en las relaciones con otros actores a partir de un ethos que responde al ser y estar en el barrio en los términos de los usuarios de drogas ilegalizadas, y se ve confirmado en el trato que los demás tienen con uno.

El siguiente comentario de Sebastián me parece el indicado para plasmar el don desde la perspectiva de uno de los usuarios de drogas ilegalizadas del barrio:

Yo no tengo un peso, loco. Pero cuando laburaba, compartía. Entonces, yo ahora salgo a la calle y me llaman. Me dicen: “Vení Seba, tomá”. Me dan merca, me dan faso, me convidan, me regalan para que me lleve. Y yo agarro. Y así como me regalan, voy a buscar a los vagos y pongo eso que me acaban de dar. Y si no encuentro a ninguno de los pibes, entonces le convidó a cualquier vago que pase y que sé que comparte la onda. Porque si a vos te convidan, es porque vos tenés conducta, es porque vos sos vago, sino nadie te va a dar nada. Estar en la calle es compartir, es decir: tengo esto, tomamos entre los dos, fumamos entre todos, ¿entendés? Eso es ser vago, eso es ser un pibe de barrio. La onda es compartir, porque si vos compartís, entonces sabés que salís a la calle y te llega de todos lados sin que lo pidas.

Obviamente, se trata de una mirada idealizada de sus propias prácticas y de las prácticas de los demás usuarios de drogas ilegalizadas del barrio. Pero de todas formas utilicé los dichos de Sebastián porque

a lo largo de la investigación me pareció ser quien más empeño puso en hacer notar de qué se trata el don, sin pensarlo conceptualmente, pero practicándolo por momentos.

Ahora bien, no todo convite es mágico. A veces las cosas se ponen más tensas, porque si bien es cierto que los regalos, los intercambios y las devoluciones se presentan desinteresadamente, siempre existe algún interés en diferido que organiza las relaciones de intercambio. Por lo tanto, otras veces los intercambios pueden ser objeto de un interés raro. Simulaciones que ponen al don en otro lugar. Por eso, en el próximo capítulo nos vamos a detener a pensar la dinámica del ventajeo, que corre a la par que la lógica del don, lo complementa y no pocas veces se confunde con él.



ESTÁN CONTANDO CHISTES
DETRÁS DE LAS PAREDES



SI DE REIR
SE TRATA,
CREO,
SON
VERDADEROS
DRAMAS



| CAPÍTULO 3 |

El ventajeo

Advertencias sobre ventajeros

Hace unos años me advirtieron que no me convenía pasar el tiempo en determinados lugares y rodeado de grupos específicos del barrio, ya que allí había personas que suelen ventajear a los demás. Los comentarios se debían a que me fui del barrio junto a mi familia en 2001, a los 13 años, y luego de haber vivido en distintos lugares del sur del conurbano bonaerense regresé 12 años después, lo cual hacía pensar a muchos que debía estar al tanto de cómo sucedían las cosas actualmente. Es decir, cabía la posibilidad de que fuese ingenuo y me dejara llevar por las personas indebidas.

Lucas,²³ un amigo de la infancia, me dijo lo siguiente cuando me vio en la esquina del almacén de enfrente de la casa de Germán, junto a muchos de los que forman parte de esta investigación:

Lucas: No te juntes ahí, son re larvas. Te re ventajean, se te trepan. ¿Pagaron algo ellos o están tomando de arriba?

Jeremías: ¿Cómo te ventajean?

Lucas: Te invitan una birra y después terminás poniendo vos todas las demás. No les pagues nada, descartalos. Hacé la tuya en otro

²³Lucas (31) tuvo un hijo recientemente y se mudó a otro barrio junto a su novia en la casa de los padres de ellas. Trabaja en efectivo en una cadena de artículos de perfumería.

lado porque son re chupa sangre. Yo los conozco a todos, no zafa ninguno.

En ese momento no les di importancia a las palabras de Lucas, pero conforme fue pasando el tiempo aprendí a identificar la dinámica del ventajeo en estas relaciones sociales específicas. Esto no quiere decir que haya podido distinguir sus distintas variantes y los diversos momentos, lugares y relaciones en los cuales se manifiesta de forma acabada, sino que me avivé de su existencia como orientador de prácticas y relaciones que se establecen alrededor de los usos de drogas ilegalizadas en el barrio.

Sobre el ventajeo como lógica de comportamiento y relación social

Las prácticas y las relaciones sociales de intercambio desplegadas en torno a los usos de drogas ilegalizadas están enmarcadas según determinadas lógicas. Una de ellas, vemos en el capítulo anterior, es el don, y la otra, según veremos ahora, es el ventajeo. Y el ventajeo, al igual que el don, cuenta con una dinámica interna propia, aunque ambas prácticas se relacionan entre ellas. Es decir, dos lógicas entrelazadas, que a la vez conforman otra que contiene a ambas. Tal es así que no siempre se sabe dónde comienza una y termina la otra, y por eso se debe hacer un esfuerzo de abstracción para identificarlas y definir las. Aún más, en la práctica, puede que algunos de los pares involucrados en la relación vivan el mismo intercambio en términos de don y otro lo cargue a la cuenta del ventajeo, aunque no de manera clara, sino confusa, por momentos indistinguibles la una de la otra.

En este sentido, un primer paso fue estar atento a las prácticas en el interior del barrio en torno a los usos de drogas ilegalizadas para lue-

go reconstruir las distintas situaciones de ventajeo y observar cómo se aprende a ventajear, y cuándo y cómo se decide hacerlo. Pero también tuve que distinguir cómo y cuándo se evita ser ventajeadado, cómo y cuándo se es ventajeadado, y cómo y cuándo uno se deja ventajear.

Entender el ventajeo como una relación social fue de gran importancia, ya que me aparté de la idea de pensar que hay actores que son ventajeros y otros que no lo son, y así ubicar el ventajeo en una práctica que requiere de la relación de al menos dos usuarios de drogas ilegalizadas.

Un jueves a la tarde de enero de 2017 voy a comprar a un quiosco que se encuentra a la vuelta de mi casa y me cruzo a Mauro,²⁴ quien me dice que está viendo dónde comprar marihuana. Mientras hablamos viene a saludarnos Mariano y pregunta qué estamos haciendo. Mauro le contesta que quiere comprar faso y Mariano le dice que en un rato él va a ir al Bajo Flores, ya que ahí se consiguen pedazos de 200 pesos.

Mauro (a Mariano): Bueno, yo te doy plata, pero me traés, porque vos ya me cagaste un par de veces. Siempre salís con el cuento de que te agarró la policía o que te robaron.

Mariano: No... Nada que ver, amigo. Estás re confundido vos...

Mientras Mariano contesta, llega Germán y se suma al reclamo.

Germán: ¡Bardeás! Yo te di plata la semana pasada y cuando volviste saltaste con la de siempre, que perdiste, que te agarró la policía...

²⁴Mauro (39) tiene un hijo de 15 años y vive con sus padres y su hermano mayor en una pieza arriba de la casa de los primeros. En varias ocasiones estuvo internado en centros de rehabilitación debido a usos abusivos de pasta base. No tiene empleo formal, pero a veces trabaja en talleres mecánicos y otras repara vehículos en la puerta de su casa.

Podemos observar que a pesar de que Mauro, por su propia experiencia con Mariano, sabe que este puede ventajearlo, de todas formas, piensa en volver a darle plata para que vaya a comprar marihuana para él, cuando probablemente se quede con la plata o con lo adquirido con ella.

Tal escenario amerita que aquí hagamos foco en aquel que es ventajeadado. Es decir: ¿por qué le da plata a alguien que puede quedarse con ella? Más aún: ¿por qué darle plata sabiendo que lo más probable es que se quede con parte de ella o con parte de lo comprado? Esa fueron las preguntas que me hice en más de una ocasión al escuchar y presenciar ventajeos, pero pude comenzar a encontrar respuestas tentativas al prestar atención a los cálculos que realizan los usuarios de drogas ilegalizadas y las emociones que los atraviesan a la hora de tomar decisiones.

Es un sábado de marzo de 2018 y son cerca de las 21. Germán y yo estamos sentados en la vereda de su casa. Germán acordó con su novia para ir a pasar la noche con ella, pero me dice que quiere llevar una bolsa de cocaína ya que no puede fumar marihuana en su casa. El problema, para él, es que se acerca la hora de que deje de pasar el único colectivo que llega hasta la casa de su novia desde el barrio, y no consigue cocaína. En un momento, se acerca Mariano, lo saluda y se queda hablando con nosotros. Germán le pregunta si le puede conseguir una bolsa y Mariano le dice que sí, que hay que ir a lo de Francisco. Cerca de las 22:30 vamos con Germán y Mariano, y en el camino Mariano saluda a un pibe que pasa por ahí. Se queda dialogando con él, se apartan un poco, y cuando vuelve con nosotros habla con Germán:

Mariano: El pibe es el primo de Francisco. Bancame que voy con él y le sacamos un poco más.

Germán: Bueno, pero apurate porque me tengo que ir y en un rato ya no pasan colectivos.

Le da la plata a Mariano y le dice que lo espera en la parada del colectivo. Mariano y el supuesto primo de Francisco van a lo de este último.

Mientras esperamos a Mariano en la parada se van haciendo casi las 23.

Germán: O me está tomando la merca acá a la vuelta o voy a tener que ir a buscarlo a la casa, porque pegó y agarró por otro lado.

Jeremías: ¿Te parece?

Germán: Está tardando una banda y sabe que me tengo que ir, y que le tiré plata a él de última, porque no me queda otra.

Esperamos unos minutos más y vemos que llega Mariano, bastante acelerado y frotándose la nariz. Germán va a su encuentro y antes de que pueda decirle algo, Mariano le extiende una bolsa de cocaína abierta y en mal estado.

Mariano: Bueno, convidame un pase que me voy.

Germán: Te bajaste media bolsa, boludo. Te fuiste hace 20 minutos y está acá a la vuelta la nota. Encima querés un pase.

Mariano: Nada que ver, amigo. Dale, habilítame un pase...

Germán: Mirá, ahí viene el último bondi. Me voy a la mierda y nunca más la hago con vos.

Mariano responde ofendido y también se va. Germán me saluda apurado, para el colectivo y sube. Puede decirse que Germán ya sabía

a quién estaba recurriendo. Tenía en claro a quién le estaba dando plata y que eso podía costarle ser ventajeado. Realizó una apuesta, la cual tuvo algo de cálculo, pero también en ella jugaron las emociones, en particular aquellas que podemos asociar con sentimientos como la ansiedad por no irse sin cocaína y el miedo a perder el último colectivo. Por lo tanto, cálculos y emociones volcaron la balanza hacia la decisión de darle plata a Mariano. Además, era su último recurso y el tiempo corría. Por eso, todas estas cuestiones deben tenerse en cuenta a la hora de realizar una apreciación sobre el porqué dejarse ventajear.

El ventajeo como peaje de acceso a drogas ilegalizadas

No necesariamente los usuarios se regalan para que los ventajeen, sino que se encuentran, y también se ponen, en una situación en la cual acceder a alguna droga ilegalizada implica ser ventajeado. Saben que el ventajeo es el peaje que los separa de las drogas ilegalizadas que quieren adquirir. De lo contrario, se quedarán sin ella

Tal vez la siguiente descripción de una situación en la cual acompañé a Germán y Marcelo a buscar cocaína ilustre aún más lo que quiero decir:

Una noche de sábado, durante octubre de 2018, Marcelo y Germán intentan contactar a algún vendedor para comprar cocaína, pero no tienen suerte. Nos encontramos sentados en la vereda que une la casa de ambos.

Germán: Gordo, bancá que le hablo a Javier por Facebook y le digo que me consiga. La otra vez salió una nota con él.

Marcelo: Bueno, si vos confiás en Javier...Fijate, no sé.

Germán: No confío en él, pero otra no nos está quedando. Bancá, le hablo y te digo qué onda.

Germán se dirige a su casa y se ausenta unos 10 minutos. Luego, vuelve y dice algo que ni Marcelo, ni yo, ni él terminamos de entender.

Germán: Me dijo Javier que él le avisó al transa, pero que hay que llevarle la plata y que se la da, así el loco junta unos pesos más de otros vagos y va a buscar. Pasa que, según él, no tiene para comprar si no le damos.

Marcelo: No le doy la plata ni en pedo a ese fantasma. Que vaya a buscar la falopa y vuelva así se la compramos.

Germán: Bueno, ahí le digo y le encargo por 600 pesos.

Vuelve a su casa y regresa a la vereda a los 15 minutos.

Germán: Dice que vayamos tipo 1 para la plaza.

Marcelo: Listo, ¿más tarde no podía ser?

A la 1 de la madrugada nos dirigimos los tres hacia una plaza que se encuentra en uno de los barrios aledaños, a 7 cuadras de donde estábamos sentados. En el camino, Marcelo no para de repetir que Javier los va a ventajear, pero según él ya fue, debido a la hora. Llegamos a la plaza y nos encontramos con Javier, quien nos saluda y le extiende una bolsa de cocaína a Germán.

Javier (a Germán): El chabón me regaló una piedra, así que agarré algo para mí y calculé más o menos 600 pesos para ustedes.

Marcelo agarra la bolsa.

Marcelo (a Javier): Acá no hay 600 pesos ni en pedo. Nos re cagaste una banda de merca o plata, no sé, pero nos cagaste.

Javier se muestra ofendido por el comentario y niega las acusaciones.

Marcelo (a Germán): Bueno, igual ya está. Son más de la 1 y es lo que hay. Yo quiero tomar, así que ya fue.

Los tres emprendemos el regreso hacia la casa de Germán.

En el camino de vuelta, ambos comentan que de alguna forma Javier los ventajeó, y sobre todo teniendo en cuenta su historial en cuanto al tema, pero al mismo tiempo se muestran conformes con la obtención de cocaína.

Entonces, el ventajeo puede estar planificado por aquel que va a realizarlo, pero otras veces se encuentra habilitado por iniciativa de quien va a ser ventajeado, sabiendo que va a serlo. Como se dijo anteriormente, se toman decisiones a partir de cálculos que contemplan posibilidades cada vez más reducidas, y en este caso el horario y el día son de vital importancia. Si ya se sabe que a esa hora, ese día, no se puede conseguir en ningún otro lado, juega la ansiedad, ya que no les resulta fácil a los usuarios esperar durante un tiempo relativamente largo a que haya cocaína y de repente aceptar, así como si nada, que no habrá. Porque la manija viene de arrastre. A determinada hora, los actores ya están jugados, por lo tanto tienen que ir a todo o nada, aunque ese todo implique no todo literalmente, sino perder algo en el camino. Es el costo que hay que invertir para no quedarse con las manos vacías.

Aunque aquí las posibilidades reducidas a determinado horario no solo aumentan las ansiedades, sino que además tienen el efecto contradictorio de atenuar la bronca de ser ventajeado. Es decir, las ansiedades exacerbadas por la hora tienen el doble resultado de, por un lado, poner manija a los usuarios para que compren lo que venga y

disponerse a ser ventajeados y, por otro, condicionarlos a aceptar más fácil aquello que compraron, con peaje de por medio.

De esa manera, las circunstancias introducen una nueva lógica que se solapa al don: el ventajeo. Una relación que estará hecha de don y ventajeo. No todo es don, pero tampoco no todo es ventajeo. Dos lógicas tensan las relaciones, pero organizan los usos de drogas ilegalizadas a la par.

Manija y poca plata

Al igual que en el caso del que es ventajeadado, de la misma forma intervienen los cálculos y las emociones en el que ventajea. Pero debemos tener en cuenta también el desajuste entre las ganas de conseguir drogas ilegalizadas y las posibilidades materiales de hacerlo. Ganas que no son solo algo interno a los actores, sino que devienen de las condiciones estructurales del barrio, y en relación con la estabilidad laboral e ingreso económico de cada usuario de drogas ilegalizadas. Es decir, ganas exacerbadas que se parecen bastante a la manija, si las pensamos ubicadas en las situaciones concretas.

Es sábado por la noche, noviembre de 2017. Me encuentro junto a Mariano y Sebastián en la vereda que da al fondo de la casa de Germán, al lado de donde vive Marcelo.

Jeremías: ¿No sale nada hoy?

Sebastián: Hay que ver qué pasa. Igual no tengo un peso.

Jeremías: ¿Entonces?

Sebastián: Y tomar, quiero tomar. Pero hay que ver qué sale, quién pasa.

Jeremías: ¿Por?

Sebastián: Y porque no tengo plata y quiero tomar, como todos los sábados. Si no pinta nada me tengo que ir a dormir. Hay que ver si pasa alguno. Hay que ver qué se nos ocurre.

Jeremías: Pero ¿ustedes ya saben que los sábados van a estar cortos de plata?

Mariano: En la semana vas viendo si llegás a juntar unos pesos para el sábado. Vos ya sabés que tenés que tener tanta cantidad de plata si querés tomar el fin de semana, entonces trabajás un poco más.

Sebastián: Es un bajón si no llegás a juntar, si otra cosa no hay para hacer. Pero algo va a pintar, alguna va a salir.

En este sentido, las posibilidades de conseguir drogas ilegalizadas (en especial cocaína) dependen, en gran medida, pero no única y necesariamente, de las facilidades económicas. Si las mismas son escasas o nulas, entonces habrá que buscar cómo resolver el desfase que se produce entre las ganas de hacer uso de drogas ilegalizadas y las posibilidades concretas de resolver económicamente aquello que se interioriza en las prácticas como parte de la rutina barrial de los fines de semana.

Incertidumbres que ponen a ventajear

El ventajeo se hace presente en momentos de incertidumbre²⁵ (Nemiña, 2016) para muchos de los actores que planifican sus fines de

²⁵Es importante aclarar que si bien se utiliza este concepto tal cual lo traduce Pablo Nemiña (2015) de Jens Beckert, es decir, incertidumbre en tanto contexto de incertidumbre, aquí además, se hace alusión a la incertidumbre que experimentan los propios actores. O sea, el contexto de incertidumbre interiorizado en los actores, que viven su

semana en base a usos de drogas ilegalizadas. Porque, como vimos, la rutina que iguala fin de semana con usos de drogas ilegalizadas parece estar bastante arraigada en el barrio y la misma es percibida como algo a realizar sí o sí. O, en todo caso, no se divisan posibilidades de pasar un sábado a la noche de forma diferente. De ahí que sea un bajón no poder conseguir cocaína. La joda viene con drogas, y si no hay drogas, entonces hay que irse a dormir. Sin drogas no hay noche posible, o la noche no puede estirarse hasta el día siguiente.

El problema para muchos usuarios es que, a veces, las posibilidades económicas que permiten el acceso a las drogas ilegalizadas se ven reducidas, porque no todos tienen trabajo, no todos son empleados formales, no todos cuentan con la misma disponibilidad en dinero. Es decir, no todos los trabajos se pagan puntualmente y se pagan bien, sino todo lo contrario. No todos llegan a fin de mes de la misma forma, por así decirlo. Además, las disparidades económicas agregan recelos, desconfianzas, producen ventajeos. Introducen una nueva lógica en las relaciones de intercambio según la situación económica del general de los usuarios y también de cada uno de ellos.

Por otro lado, a veces los regalos no llegan o puede que lleguen tarde, y en esas circunstancias, hay que salir a buscarlos, o estar atentos para no regalarse o, en todo caso, saberse regalar. Estas diferentes situaciones habilitan el ventajeo, ponen a los usuarios a ventajear, vuelven a los participantes a ser objeto de ventajeos.

Cuando la rutina preestablecida y las posibilidades materiales de poder reproducirla comienzan a distanciarse a causa de la falta de

cotidiano, de esta manera, con incertidumbre y le agregan incertidumbre al contexto, producto a su vez, de un contexto marcado por la incertidumbre.

dinero, los usuarios perciben y experimentan las circunstancias con incertidumbre, ya que no es posible planificar o adecuarse a las pautas generales de los fines de semana de forma estable. Es decir, las ansiedades aumentan porque los actores no tienen suelo firme donde pisar. La escasez de dinero quita toda seguridad y las condiciones están dadas para que el ventajeo sea la posibilidad que hay a mano para mantenerse a flote durante la noche, viendo qué sale.

Así, quedan solo dos opciones cuando los usuarios se piensan jugados y ni siquiera divisan don posible a cierta hora de la noche: hay que ventajear o irse a dormir, porque continuar la noche inmersos en la incertidumbre implica bajón, mal humor, ansiedad. Es decir, todo tipo de emociones que deterioran la moral de los usuarios de drogas ilegalizadas.

De esta forma, el ventajeo compensa no solo la falta de dinero, sino, y sobre todo, el componente emocional que hunde cada vez más en la incertidumbre a los usuarios a medida que avanza la noche. En otras palabras, se asume rápido que no hay plata para comprar drogas ilegalizadas y hay que desplegar estrategias para conseguirlas, ya que, de lo contrario, las emociones como los sentimientos de ansiedad irán ganando lugar y el malestar puede que se vuelva muy difícil de transitar, lo que lo obligará a acostarse y esforzarse por cerrar los ojos y dejar atrás un fin de semana caracterizado por el tedio.

Pero la incertidumbre no hace que se replanteen la posibilidad de no hacer usos de drogas ilegalizadas (en especial cocaína). Por el contrario, pareciera ser una de las pocas actividades, o casi la única, que se contempla en un fin de semana en el barrio. Entonces, aquí, bajo tales circunstancias, entran a jugar cálculos que conllevan racionalidad intencional (Nemiña, 2016). Sin información óptima (saber si van a conse-

guir, o a contar o no con dinero), de todas formas, los usuarios apuntan a obtener los beneficios esperados con la menor inversión posible.

Jeremías: ¿Y cómo hacés si querés tomar y no tenés plata?

Mariano: Salgo a la esquina y veo quién pasa.

Jeremías: ¿Para que te conviden algo?

Mariano: No, por ahí tengo un fasito para invitar a alguno que pase.

Sebastián: A veces, el otro tiene una bolsita y te convida porque vos compartís.

Mariano: Si te convidan merca por un fasito, joya.

Sebastián: Hacés negocio, ¿o no? (risas)

Mariano: Y sí, uno va y convida haciéndose el amigo.

Sebastián: Claro, convidás lo tuyo para que te pasen cabida.

Vemos que el don también está presente, aunque de una manera algo rara, diferente a como lo apreciamos en otras oportunidades. De hecho, ya no nos parecen tan distinguibles. Comienzan a confundirse, porque las finalidades del don se modifican en la práctica, y además se aprecia de forma diferencial según las subjetividades y circunstancias involucradas.

De este modo, no se sabe bien dónde comienza uno y termina el otro. El encanto del don cede a la racionalidad del ventajeo. Ya no se trata tanto de devolver o de, simplemente, salir a la esquina para ver a quién puedo convidar algo, sea un poco de Fernet o una tuca, y esperar que el regalo vuelva en ese instante o algo más tarde. Aquello que los usuarios tienen con ellos es poco y lo invierten más que a compartirlo. Lo poco que tienen con ellos es para arrimarse, para acercarse a lo que tiene el otro y que ellos quieren conseguir.

Como se ve, el ventajeo es una inversión que no se desplaza en el tiempo, como sucede en el don (hoy por vos, mañana por mí). En el ventajeo, el convite se agota en el mismo momento que se está convidando. El convite es ventajoso. El que convida hizo cuentas y hace una apuesta, estando seguro de que sacará ventajas en ese momento.

De esta manera, las prácticas comienzan a contener lógicas adicionales. Las relaciones alrededor de los usos de drogas ilegalizadas van tornándose confusas. Los usuarios deben resolver situaciones que se sobreponen al don, o de hecho terminan por borrarlo o desdibujarlo.

Tensiones del ventajeo

A la hora de ventajear, los usuarios se ven en la obligación de apelar a los recursos que brinda la experiencia y las relaciones sociales previamente establecidas, aunque esto mismo tampoco asegura nada debido a que justamente se realiza entre conocidos del barrio y eso limita las veces que puede llevarse adelante la jugada. Simplemente es una posibilidad abierta, que se define en el momento.

A las ansiedades y cálculos de aquel que probablemente sea ventajeadado, se suman las ansiedades y los cálculos de quien vaya a ventajear, y lo que hacen ambos es apostar, decidir sobre la marcha de qué recursos hacer uso. Porque el ventajeadado, según vimos, ya sabe que puede serlo, y hace cálculos para decidir hasta donde se deja ventajear. Está al límite con horarios o la manija.

Por otro lado, el que va a ventajear no tiene un peso, pero anda con las mismas ganas de tomar cocaína que el primero. De ahí que este último se juegue por invertir, es decir, participar de la timba de la ventaja para sacar un beneficio mayor.

Desde luego, conseguir ese beneficio depende de las habilidades para ventajear, o sea, de las destrezas para hacer que el otro entre en el juego del ventajeo y se mantenga en él hasta el momento oportuno.

Jeremías: ¿Cómo hacen para sacarle un poco de merca a alguien?

Sebastián: Una que hago cuando ando corto de guita es tirarle la onda a alguien para tomar.

Mariano: Siempre tiene que ser amigo o conocido.

Jeremías: ¿Por qué?

Mariano: Porque ya sabés cómo comerle la cabeza, ya lo conocés.

Sebastián: Tipo cinco de la tarde mando mensaje y digo que estaría para tomar merca.

Mariano: Y el otro agarra viaje seguro. Hay que comerle la cabeza desde temprano (risas).

Sebastián: Después, cuando nos juntamos para poner mitad y mitad, llevo poca plata y trato de que el otro ponga su parte, o lo que me falta a mí.

Jeremías: Pero ¿esto ya lo tienen planificado? ¿Siempre lo hacen de la misma forma?

Sebastián: No, lo hacemos sin pensarlo. No es que lo hablamos entre nosotros. Bah... sí...

Mariano: Le digo a este que le tire un mensaje a tal y la vamos haciendo. Ya sabemos cómo es la onda porque la hacemos, pero no andamos hablando cómo hacerla así como te decimos a vos.

Sebastián: Mando mensaje a alguno para preguntarle si quiere tomar, así le hago la segunda porque tengo la nota. Les digo que yo no quiero tomar, que solamente pego para ellos.

Jeremías: Igual, ya deben saber, ¿no?

Sebastián: Sí, ya saben. Olvidate.

Jeremías: ¿Y cómo hacés si ya saben?

Mauro: Y....porque también están re manijas. Quieren tomar y encima vos les comés la cabeza.

Sebastián: Después, cuando les consigo, me quedo. No me voy a ningún lado (risas).

Mariano: De una.

Sebastián: Me preguntan si quiero tomar y les digo que sí. Si no preguntan tiro la onda para que salga un puntín, al menos.

Mariano: Pero tomar, voy a tomar (risas).

En este sentido, los cálculos racionalmente intencionales no suceden en el aire, sino que se apoyan en expectativas ficticias²⁶ (Nemiña, 2016). Aquí es donde se ponen a prueba las habilidades del que ventajea. Porque hay que enganchar a alguien, hay que hacerle morder el anzuelo y que no lo suelte por un largo rato. De ahí que el ventajeo se juegue en la capacidad de generar expectativas en el otro. Expectativas que no necesariamente deben igualarse a mentiras, sino que son formas de hacer que el otro no se baje de la rueda y convide cuando tenga lo suyo, sea que lo haya conseguido por su cuenta o se lo facilite uno mismo como ventajero, jugando en ese rol.

²⁶Si bien Beckert (Nemiña, 2015) entiende que son los actores quienes se generan a sí mismos expectativas ficticias que orienten su acción, aquí se retoma el concepto y se reformula para decir que los actores generan expectativas ficticias en otros como medio para lograr fines.

Ventajeo subjetivo

Vale la pena destacar el uso del concepto amigo, ya que los usuarios se apoyan en la posibilidad de generar expectativas ficticias en personas más o menos cercanas, de trato relativamente cotidiano. Porque como dijeron Mariano y Sebastián: hay que saber bien las ansiedades del otro.

En estas situaciones, el trato para con el otro es amigable, de compañerismo, lo cual hace suponer que se trata de ofrecer una predisposición a la donación, a realizar favores desinteresados.

En una ocasión tuve una inmejorable oportunidad de ver cómo las relaciones alrededor de los usos de drogas ilegalizadas se vuelven turbias. Presencí cómo los humores cambian, cómo se tuercen las situaciones hacia lugares que no (o tal vez sí) estaban previstos.

Ya vimos que hay veces en las que resulta todo muy confuso y las relaciones se ponen tirantes, se tensan debido a que las emociones juegan fuerte, más allá de la plata que haya o no haya para comprar drogas ilegalizadas. En estas circunstancias, los cálculos ya no tienen una planificación previa de mediano alcance tampoco, sino que se actúa en caliente y de acuerdo a las posibilidades que se presentan en el momento. Los cálculos son cada vez más evidentes y tensan la relación. Además, cuando la confusión se hace tan presente al interior de la junta, todos sospechan de todos, a la vez que todos se adjudican el haber compartido.

Así reconstruí lo sucedido aquella vez: era una tarde de feriado de junio de 2018, un miércoles. Me encuentro dando vueltas sin rumbo fijo por el barrio junto a Germán. En determinado momento, nos cruzamos con Mariano y Sebastián. Germán les propone ir a su casa para fumar y escuchar música. Aprovecho que están alegres y comienzo a

hacerles preguntas. Cuando los interrogo sobre cuándo empezaron a hacer usos de drogas ilegalizadas, con quién o quiénes lo hicieron o con quién y quiénes lo hacen actualmente, Mariano y Sebastián me responden de la siguiente manera:

Mariano: Con él, loco, porque él es mi amigo.

Sebastián: Más vale, amigo. Yo al chabón lo banco, ¿entendés? El chabón es mi amigo, loco.

Mientras hablan se palmean la espalda y se festejan entre ellos las respuestas, siempre poniendo énfasis en el lazo que los unía y los une, dejando en claro que la suya es una amistad de años, irrompible. Al estar cerca de finalizar la entrevista cambian el tema.

Mariano: Tanto hablar de merca me dieron ganas de tomar. (A Sebastián) ¿Vos conseguís ahora?

Sebastián: Sí, yo consigo.

Mariano: Bueno, entonces tomá (le alcanza un billete de 500 pesos). Yo pago.

Sebastián: Listo, en 5 minutos estoy. Es acá a la vuelta.

Mientras Sebastián se encuentra ausente, hablo con Mariano.

Mariano: Al chabón lo re banco.

Jeremías: ¿Tienen historias juntos?

Mariano: Pasamos una banda de cosas juntos.

Pero al transcurrir más o menos 10 minutos, Mariano cambia el humor y también su apreciación sobre Sebastián.

Mariano (a Germán): Este no viene, me cagó. Pegó y se fue a encurrar, a tomar en la casa solo.

Germán: Bancá que recién se fue.

Mariano: Me re cabió, está tomando solo.

Germán: Sebastián no caga a nadie. El que hace esas cosas sos vos.

Mariano: Bueno, vamos a la esquina y lo esperamos. Agarrá el envase que me estoy poniendo nervioso y tengo sed.

Salimos. Mariano se dirige al almacén a buscar cerveza y yo me quedo en la esquina junto a Germán para ver si vuelve Sebastián, quien llega a los pocos minutos:

Sebastián (a Germán): No estaba el chabón. Me atendió el hermano y me dijo que vuelva en una hora más o menos. Pero no sé...

Germán: El otro boludo se estaba poniendo re cargoso ya. Está nervioso porque piensa que pegaste y te fuiste a tomar solo.

Sebastián: Qué gil de mierda, eh. Eso porque la hace él, porque no se le puede dar dos pesos.

Esperamos a Mariano y cuando llega Sebastián le comenta lo ocurrido y le devuelve la plata. En principio hay don, ya que se van haciendo aportes para el funcionamiento del grupo. La construcción de identidad y grupalidad a través del don es evidente: se fuma marihuana, se toma cerveza y se pone música para hacer del momento compartido una fiesta. Una covacha de humo, alcohol y gritos mientras suena Hermética a todo volumen. Pero ¿los aportes eran interesados o eran dones que esperaban ser devueltos? ¿Dónde terminaba el don y empezaba el ventajeo? ¿Dónde terminaba el regalo y empezaba la apuesta calculada? Tal vez los cuatro lo teníamos claro (o no). Tal vez cada uno de nosotros estaba viviendo esa situación de diferentes maneras.

Si se piensa desde la perspectiva de Germán y Sebastián, y de acuerdo a lo que presencié en la pieza, puede interpretarse lo siguiente: si ahora la estamos pasando bien, cuando venga la merca la vamos a pasar mejor. El faso y el escabio son la previa, la merca es el plato fuerte. No queda otra que mantener contento a Mariano. Si quiere fumar, le armamos un faso, si quiere escabiar, le compramos birra, si quiere escuchar Pappo's Blues, le ponemos Pappo's Blues. Hasta le aguantamos que nos grite las canciones en la cara, con baranda a faso y escabio. Total, él mostró el billete, él mandó a comprar lo que estamos esperando todos.

Germán y Sebastián llevaron a cabo cálculos y realizaron inversiones materiales, o de energías y contactos, para ganar cocaína en el futuro inmediato: el primero invitaba marihuana y el segundo hacía los mandados. ¿Cuánto don había en esa situación? ¿Cuánto ventajeo? ¿Era el don una forma de disimular el ventajeo?

Pero luego, al volver sobre la situación de forma reflexiva, noté que hubo un punto de quiebre, lo que introdujo una serie de confusiones que hasta el momento no estaban allí. En este sentido, es interesante pensar la situación desde la perspectiva de Mariano y, así, interpretar que pasaron más cosas dentro de aquella pieza, porque las perspectivas fueron varias y porque muchos fueron los malentendidos.

Hasta el momento de la ruptura, Mariano no dejaba de mostrar los billetes que iba usar para comprar la cocaína que, supuestamente, los tres iban a compartir. A la vez, incentivaba a que Germán convide marihuana y Sebastián compre más cerveza, o sea, haga los mandados. Es decir, él sabía que, si los demás querían cocaína, entonces debían hacer los aportes correspondientes para la previa, para pasar el tiempo y llegar re locos a la apertura de la bolsa. Pero cuando Sebastián

fue a comprar cocaína con la plata que Mariano le dio, a este último le ganaron las ansiedades y los miedos. Se persiguió. Aunque Sebastián no tardó ni 10 minutos en volver, no hubo forma de hacerle entender que no lo estaban ventajeando.

Veamos la segunda parte de lo sucedido antes de continuar con el análisis. La posibilidad de conseguir cocaína por parte del vendedor al que acudió Sebastián es incierta, así que este, Germán y Mariano intentan contactar a Marcelo o a Claudio para que, a su vez, ellos aporten el dato de otro vendedor. Les envían mensajes, pero les responden que no hay nada por ningún lado. Entonces, vamos a la casa de Mariano y hacen que su hermano, Agustín²⁷ llame a algún vendedor y se encargue de hacer el pedido. A los 5 minutos, el auto de Francisco llega a la casa de Mariano y él va hacia el vehículo mientras Germán, Sebastián y yo lo esperamos en la esquina. Vemos que el auto se va luego de que Mariano agarra el pedido por la ventana. Nos acercamos a él y dice (en supuesto tono sorprendido): “Uh, perdí una bolsa. Se me cayó y no la encuentro”. Empieza a fingir que la busca en el asfalto y luego se dirige hacia nosotros: “Ya fue, me voy adentro. Que nadie me siga porque estoy re caliente. Cómo vine a perder una bolsa”. Acto seguido, se mete en su casa. Germán, Sebastián y yo nos miramos y comentan entre ellos que Mariano algo iba a hacer para ponerse en mezquino. Estuvo toda la tarde agitando que él compraba, que invitaba, que compartía, para mientras tanto poder tomar cerveza y fumar faso de arriba. Mientras volvemos caminando hacia la casa de Germán, Sebastián y él hablan entre sí:

²⁷Agustín (40) tiene un hijo de 16 años y vive con sus padres y hermanos. Trabaja en el taller mecánico de su hermano mayor.

Germán: Yo sabía que iba a cortarse solo. Siempre hace lo mismo.

Sebastián: Se te hace el amigo y después se manda esa. La vieja. Hace años que hace lo mismo y por eso lo descartan de todos lados.

Germán: No se puede confiar en el chabón, porque sabés que va a bardear.

Veamos. Quien tenía dinero para comprar cocaína era Mariano, quienes realizaron cálculos e invirtieron fueron Germán y Sebastián que, enojados por cómo terminó todo, dedujeron que Mariano los había ventajeado. Y si tenemos en cuenta sus puntos de vista, no les faltan razones, ya que Mariano tomó alcohol, fumó marihuana y prometió la cocaína que nunca apareció. Es decir, Mariano no cumplió. De todas formas, no debemos sacar conclusiones apresuradas y pensar que Mariano tenía todo calculado desde el principio, ya que sería muy fácil comprar lo pensado por Germán y Sebastián.

Hay que recordar que a veces el ventajeo sucede de la manera que contamos recién: tomo y fumo de arriba, luego me mando a guardar con la bolsa que prometí. Es decir, hasta que llega la bolsa, se sobrelleva la ansiedad matando el tiempo a costa de lo brindado por los demás, como resultado de generar en ellos expectativas ficticias. Aunque también puede decirse que los otros invirtieron en drogas ilegalizadas y alcohol, y esperaban del comprador de cocaína una retribución que la comprendiera. Así, parecía que le estaban convidando, pero con vista de que ese convite fuera devuelto con creces, es decir, de forma interesada: comparto un poco de esto y espero de aquel mucho de lo otro.

Es probable que aquí se haya intentado ventajear en los términos que expusimos arriba, pero al ventajeo materializado, en sus variadas formas de manifestarse, se sumó el ventajeo subjetivo. Es decir, apareció el famo-

so perseguido. O sea: ¿Mariano los estaba ventajeando o el ventajeo era la forma de percepción que tenían de la conducta de Mariano? ¿El ventajeo no era, en todo caso, la frustración de una expectativa? ¿No sería que el ventajeo era una manera de tramitar la persecución?

Hubo un punto de quiebre durante la tarde, y esto es algo que afectó emocionalmente a Mariano y precipitó las cosas. Punto de quiebre que llevó a Mariano a pensar en la posibilidad de que lo estaban ventajeando a él. Entonces, apenas obtuvo las bolsas y divisó la oportunidad, se bajó de la fiesta, a la vez que les dejó a Germán y Sebastián la impresión de que él los ventajeó a ellos.

Puede suponerse que, si Sebastián volvía con la cocaína que fue a comprar, Mariano hubiese compartido, no todo, pero sí al menos un poco. Aunque no le iba a quedar otra alternativa, ya que estaban encerrados en una pieza y por más de que pidiera que le abrieran la puerta no le iba a resultar fácil salir de allí con la bolsa entera, tal cual sucedió en otras oportunidades en la que prácticamente lo obligaron a compartir como retribución por otras ocasiones en las que se puso mezquino o se las arregló para ventajearlos. Pero se persiguió, y a partir de ahí cambió sus planes. Esto le permitió a Mariano revertir las reglas de juego, o tener excusas para hacerlo, e inevitablemente dejó lugar a las sospechas de ventajeo que luego pesaron sobre él.

Tan fina es la línea que separa don y ventajeo, al menos desde las subjetividades en cuestión, que un simple cambio de emociones, y una mera disposición geográfica, terminan por confundir todavía más aquello que ya venía siendo confuso. Había don, o al menos estaba todo dado para que lo haya, pero las emociones jugaron fuerte en Mariano y pensó mal de su junta, la pensó ventajera. Así que, a partir

de ahí, calculó para no ser él quien saliera perdiendo, y ni bien vio la posibilidad, se mandó a guardar con las bolsas.

Ventajeos frustrados

Resulta interesante dar cuenta de algunas situaciones en el que los intentos de ventajeos se vieron frustrados. Porque si el ventajeo es una relación, hay veces en las cuales el usuario no acepta ser ventajeado, no deja margen al ventajeo del otro. Pero esto no quiere decir que no querer ser ventajeado equivale a resignarse a adquirir drogas ilegalizadas, sino que se encuentra la forma de sortear el obstáculo del ventajeo para obtenerlas, o se busca por otro lado. En este sentido, el ventajeo no es una fatalidad, sino que hay posibilidades de adelantarse a la jugada del que va a ventajear, para que no se quede con nada de lo que tenía pensado obtener de uno.

Un sábado a la tarde de septiembre de 2018, Sebastián me comenta que el día anterior, al mediodía, fue junto a Daniel y Mauro a comprar cocaína en un lugar ubicado a 3 horas del barrio. Según me comentó, surgieron algunos conflictos entre Mauro, por un lado, y entre Daniel y él, por otro.

Decidí reconstruir su relato porque me pareció atinado para mostrar cómo el ventajeo se disputa en el momento, y es también resultado de una relación tirante, en la que nadie quiere perder absolutamente nada.

Sebastián: Estábamos en la casa de Daniel y andábamos con ganas de tomar, pero no teníamos línea porque era muy temprano. Entonces, fuimos para la iglesia y estaba Mauro, así que le dijimos que nos haga la onda para arrancar para algún lado. Le tiró que si poníamos para la nafta íbamos a no sé dónde. Bueno, le dimos unos pesos y

fuimos los tres. Pero fue un bajón, no sabés. La camioneta está hecha mierda, ni puertas tiene esa porquería. Encima, agarró por donde estaban todos los operativos. Iba re acelerado el chabón, tenía una re manija...

Llegamos, cada uno pegó lo suyo y nos volvimos. A mitad de camino se quedó la camioneta. Nos queríamos matar. Mauro llamó a un amigo de él para que venga a ayudarlo y el chabón tardó como una hora. Así que nos pusimos a tomar arriba de la camioneta. Nos quedamos re duros, esperando que venga el loco. Mauro también estaba re duro, se la tomó toda de una. Y cuando vino el amigo fuimos a buscar una rueda, así que íbamos por la calle re duros girando la rueda. Un bajón (risas).

Pero ¿sabés la que quiso hacernos? Cualquiera se mandó. Escuchá. Agarra y tira: “Bueno, yo puse la nota y los llevé hasta allá. Tírenme unos pases cada uno.” Le dijimos que ni a palos. El chabón pegó lo suyo. No es que no tenía nada. Corta. Le dijimos: “Vos pegaste la tuya y ya te la tomaste. Cualquiera la que querés hacer. Si no tenías nada te dábamos, pero así no. Si vos tenías.” ¿Entendés la que nos quiso hacer? Cualquiera. No es así. Y bueno, estuvimos re duros los tres arriba de la camioneta, hasta que llegó el otro vago y la arrancó. Pero nunca más hago ese viaje con el chabón.

En esta oportunidad, el ventajeo no sucedió. A pesar del intento de Mauro, y los argumentos que según él eran válidos para ser merecedor de una tajada de lo conseguido por Sebastián y Daniel, estos recurrieron a lo que parece ser un código interno a las relaciones entre los usuarios de drogas ilegalizadas. Porque las mismas cuentan con reglas, y más allá de que las situaciones se resuelvan en la material-

dad de lo inmediato y según las relaciones de fuerza, hasta el propio ventajeo debe atenerse en ocasiones a ellas: al que aporta la nota le corresponde una porción si solamente lleva o acompaña y no comprada, ya que puede que no haya contado con dinero para hacerlo. En caso de conseguir el vendedor, acompañar a comprar y él también pegar, entonces debe conformarse con lo suyo. En última instancia, queda a disposición de los otros convidar, lo cual no pasó. Sebastián y Daniel se aferraron a lo conseguido y no estuvieron dispuestos a compartir, ni mucho menos a dejarse ventajear por Mauro.

Además de lo recientemente expuesto, también podemos retomar lo que señalamos arriba sobre la capacidad de crear expectativas ficticias en el otro, y dar cuenta de que si estas no resultan, se frustra el ventajeo. De este modo, quien quiere ventajear debe hacer entrar en el juego a un otro ansioso por conseguir droga ilegalizada y que no tiene a dónde más recurrir. Esta es una habilidad que hay que saber manejar, ya que de lo contrario el ventajeo se cae. La relación se tensa de tal forma que se rompe. Pero debemos tener en cuenta que el que quiere conseguir drogas ilegalizadas no es el único ansioso. También lo es aquel que quiere ventajear, ya que su finalidad es la de hacer usos de drogas ilegalizadas, y eso lo pone igual o más manija que al otro.

Por lo tanto, en una situación en donde pesa más la ansiedad del que quiere ventajear que la del posible ventajeadado, y en donde el último quiere marihuana y el primero necesita engancharlo para obtener cocaína, puede que las cosas no resulten como lo esperase o quisiese quien pretende ventajear al otro.

Presencí una situación semejante un viernes de octubre de 2018, al mediodía. Me encuentro con Germán en su pieza y me dice que en unas dos horas tiene que ir a buscar a su novia, pero no quiere salir

sin marihuana y pasar todo el fin de semana sin fumar. Envía WhatsApp a varias personas para ver si alguien sabe de una línea que salga temprano, pero no tiene suerte. Entonces, como último recurso, le envía WhatsApp a Mauro. La respuesta del último es: Ya sabés. Vamos y venimos al toque en la camioneta. Yo tengo que ir a arreglarle el auto al transa, así que vení y pegá lo tuyo. Pero mirá que no tengo para la nafta. Luego de leerme el mensaje, Germán me comenta: “Este quiere que le pague la nafta y allá va a querer que le pague unos papeles de merca. Encima es un re viaje. Yo le mandé para ver si sabía de algo acá cerca”. Entonces, le dice que puede pagarle la nafta, aunque tiene que esperar unos minutos para ver si sale algo más cerca.

Apenas Germán envía el WhatsApp anterior, le llega uno de su tío diciéndole que pase por su casa que ahí puede comprar, así que le dice a Mauro que va a ir para otro lado, ya que le conviene más. A los pocos minutos, Mauro responde con un audio en el que muy enojado dice: “¿Y para qué me decís que vamos a ir? Me hacés arreglar todo al pedo vos. Ya le dije al chabón que nos prepare faso y merca, y ahora le tengo que decir que no vamos nada. No me mandes más mensaje a mí, pegá tu droga por otro lado”. Luego, bloquea a Germán en WhatsApp.

Al siguiente domingo nos encontramos Marcelo, Germán y yo en la vereda que ambos comparten. El segundo le comenta al primero lo sucedido el día viernes con Mauro, y Marcelo le dice: “Eso es porque se puso manija el boludo. Vos le mandaste mensaje y él ya arregló para traer de todo de allá. Encima, iba a querer que pagues todo vos. Por eso se enojó, por ansioso, por manija y por querer sacar ventaja”.

Aquí, no había posibilidad de que hubiera ventajeo. Germán no estaba tan jugado y sabía que en algún momento del fin de semana podría conseguir marihuana. Su último recurso fue Mauro, pero en un

instante de ansiedad, que no duró más de unos minutos, y sobre todo se disipó apenas obtuvo respuestas de su tío.

Quien la tenía más complicada era Mauro, ya que quería cocaína a toda costa, y para eso debía sortear varios obstáculos. Desde su perspectiva, los mismos parecieron borrar, debido a que encontraba en Germán la solución a la cobertura de nafta y cocaína. Su ansiedad era mucho mayor a la de Germán, teniendo en cuenta que en menos de unos pocos minutos había hecho todo tipo de arreglos con el vendedor, cuando aquel ni siquiera le había confirmado algo. Solamente le dijo que él podía poner plata para la nafta, pero debía esperar a que le confirmara, ya que buscaba una línea más cercana.

La etiqueta de ventajero

Vemos que las distintas situaciones de ventajeo se van sumando una tras otra a las experiencias barriales en torno a los usos de drogas ilegalizadas. Las anécdotas con sus broncas no quedan estancadas, recorren el barrio y van dejando huellas, van marcando al protagonista del relato como ventajero. Porque el ventajeo es una relación social, pero se presenta como atributo personal, y así se etiquetan a quienes les resulta más fácil hacerlo. El de ventajero es un cartel que será difícil sacárselo a quien le sea aplicado con éxito, y mientras lo lleve colgado tendrá más dificultades para ser merecedor del don.

De este modo, además de aprender cómo ventajear o cómo actuar para no ser ventajeados, los usuarios van trazando un mapa de relaciones. Esto les facilita entablar intercambios de acuerdo a los prontuarios que se van reconstruyendo sobre cada uno, fin de semana tras fin de semana, lo que les permite tener apreciaciones previas a la hora

de salir a la calle. Y más allá de que haya razones para desconfiar de alguien, o solo sean prejuicios que se sostienen en valoraciones hegemónicas sobre ciertos comportamientos, distinguir entre los que se portan y los sogas o atrevidos tiene efectos concretos. Hace que se fijen jerarquías que descansan en consensos momentáneos con respecto al trato que se le debe dar a quien se portó mal. Entonces, el que se porta mal no será objeto de regalos. Al contrario, será apartado, puesto entre paréntesis, al menos de forma temporal. En todo caso, le costará ser destinatario de los regalos encantados.

Es sábado a la noche, cerca de las 22, abril de 2017. Nos encontramos en el paredón del fondo de Germán junto a Marcelo y Claudio. Marcelo le comenta al último que pegó dos bolsas para más tarde, así la comparte con él y con Germán. Claudio contesta que él trajo faso. Entonces, Marcelo pide a Claudio que se arme uno, para pasar el rato.

Mientras hablamos, llega Mariano, que saluda y se sienta en un escombros junto a nosotros. Pregunta si saben si sale merca y le contestan que no tienen idea, ya que esa noche no les interesa tomar cocaína. Marcelo interpela a Mariano:

Marcelo: ¿Y si sale la tirás a la cancha? Así tomamos todos los vagos, porque vos siempre salís sorteado, pero no comprás ninguna rifa.

Mariano: No, yo me tengo que ir. Pego y me voy.

Claudio: Sí, vos siempre te tenés que ir cuando agarrás lo tuyo.

Marcelo: Cuando sabés que tienen los demás, te quedás. Y si tenés vos, te encerrás solo.

Mariano: No amigo, nada que ver. Estás re confundido vos.

Marcelo: Seguro, estoy confundido.

Mariano: Cuando tengo, comparto.

Claudio: Bueno, yo tengo faso. Comprá una birra.

Mariano: Dame un envase y voy a comprar, amigo. No me dicen 3 pesos a mí.

Marcelo le da un envase de cerveza vacío a Mariano y este se dirige al almacén.

Mientras Mariano se encuentra ausente, Marcelo y Claudio acuerdan solamente prender un faso en presencia del primero, y esperar a que se vaya definitivamente para sacar la bolsa de cocaína. Al regreso de Mariano, toman la cerveza y fuman, pero ninguno habla de cocaína. Pasada una media hora desde que Mariano trajo la cerveza, su hermano Agustín viene a buscarlo. Saluda a todos y le dice que está llegando el tío. Entonces, se van.

Claudio: Sí, el tío. La vieja (risas).

Marcelo: La antigua (risas).

Claudio (a mí): El otro pegó merca y vino a avisarle, ¿te pensás que van a venir a compartir?

Por lo tanto, los considerados sogas son posicionados en lugares que conllevan desconfianza. Esto trae aparejado que no se los tenga en cuenta a la hora de compartir, de ejercer el don. Esperan a que se vayan y convidan a sus espaldas.

Pero la exclusión suele ser parcial y momentánea, porque de todas formas el identificado como ventajero no es expulsado del grupo. Más allá de que se haya mandado alguna que otra macana, seguirá formando parte del universo que compone las relaciones de intercambio.

Me tocó ver y entender que la convivencia en las calles y esquinas del barrio es cotidiana, ya que hay que tratar en los mismos lugares y con las mismas personas. Así, pude advertir que las relaciones se tensan, pero no se cortan. Si bien los lazos se cargan de desconfianzas, las juntas integran el ventajeo como algo propio de sus relaciones.

Jeremías: ¿Cómo te llevás con los que suelen sacar ventaja?

Marcelo: Yo no me meto con nadie. Me siento a fumar en la vereda de mi casa y si viene alguien a fumar conmigo, está todo bien. Yo sé quién es quién acá. Sé a quién darle plata y a quién no. Pero no me meto con nadie. Acá hay de todo: están los que se portan bien y los que bardean. Si no se meten conmigo, yo también comparto con los atrevidos si no queda otra. Amigos no son, pero está todo bien.

Jeremías: ¿Qué pasa con los que bardean, con los que no convidan o quieren ventajear?

Claudio: Siempre hay uno que te va a cagar, pero es así acá.

Jeremías: ¿Qué hacen con él?

Claudio: Nada. Lo castigan un tiempo sin pasarle la birra o el faso, y después ya está. ¿Qué vas a hacer? Tenés que saber que el chabón es así y listo.

Jeremías: ¿Te molesta que quieran ventajearte?

Germán: En el momento te enojás y después te olvidás. Te da bronca y decís: a este no le voy a pasar más cabida. Pero al otro día lo tenés ahí, está de nuevo fumando con vos.

Jeremías: Te lo tomás de otra forma.

Germán: De última, te sirve para saber quién es quién y listo, o para avivarte de cómo son las cosas.

Así como el don fortalece los lazos y conforma grupos más o menos estables, el ventajeo también motoriza las juntas. No es algo externo a los grupos y tampoco se cierran filas para mantenerlo a raya. Es constitutivo de las relaciones de la misma forma que el don, y esto puede ser por diversas razones. En primer lugar, porque no es única y necesariamente un polo opuesto al don, sino que muchas veces se confunde con él y en la propia práctica son reproducidos casi indistintamente. En segundo lugar, al igual que el don, es parte del mapa de relaciones de los usuarios de drogas ilegalizadas, ya que, así como se sabe quién dona y por lo tanto se calcula que ahí se puede conseguir drogas ilegalizadas, también se sabe que para los mismos fines el ventajeo es de utilidad cuando las donaciones no aparecen. Es un recurso más a tener en cuenta. En tercer lugar, al igual que el don, el ventajeo es motivo de charlas, anécdotas, historias, chistes, etc., que circulan en las juntas. Los grupos necesitan de qué hablar, y así como son resultado del don y del ventajeo, lo que se habla, en gran medida, hace referencia al don y al ventajeo. En cuarto lugar, las condiciones estructurales del barrio terminan por imponerse de tal forma que delimitan no solo las posibilidades de elegir en dónde estar y qué hacer un fin de semana, sino también con quién estar y compartir momentos que duran horas.



| REFLEXIONES FINALES |

Vimos que los usuarios de drogas ilegalizadas no se relacionan en el aire, sino que se encuentran condicionados estructuralmente a la hora de realizar sus prácticas cotidianas. La ubicación geográfica del barrio, los controles policiales que se realizan a su alrededor, la falta de transporte público a determinados horarios, las valoraciones vecinales sobre los usos de drogas ilegalizadas, la poca tolerancia hacia las drogas ilegalizadas por parte de los familiares de los usuarios, la calidad de las drogas ilegalizadas, su escasez y abundancia, el desempleo, el sobreempleo, la precarización laboral y las pocas alternativas de opciones de recreación tienen distintas influencias sobre los actores que van y vienen por el barrio durante las noches de viernes y sábados, en busca de donar y ventajear drogas ilegalizadas que les permitan pasar el rato, divertirse, enojarse, alegrarse, ponerse manijas, no dormir, irse a dormir al no conseguir nada, etc.

Además, encontramos que los usuarios entran en la dinámica de donar, aceptar recibir y devolver drogas ilegalizadas porque en gran medida se encuentran en la obligación de comportarse según parámetros barrialmente establecidos en las esquinas. Son requisitos para tener una buena imagen en el interior del propio grupo y con otros usuarios con los que se mantienen relaciones ocasionales. Así, ser visto como alguien que se porta equivale a tener buenas relaciones y sobre todo contactos que facilitan el acceso a drogas ilegalizadas, sea compartiendo o tirando línea de algún transa. En este sentido, puede

que a simple vista solo se vea a alguien compartiendo con otro o recibiendo alguna droga ilegalizada, pero se trata de una de las múltiples instancias que son partes de una cadena que conforma un mercado moral o un circuito de relaciones que lleva y trae drogas ilegalizadas. De ahí que los usuarios tengan interés en participar en el don, aunque en apariencia compartan de manera desinteresada.

Por otro lado, propusimos que aparte de don también hay ventajeo en las relaciones sociales que giran en torno a los usos de drogas ilegalizadas en el interior y exterior de las grupalidades. Así como se dona, se ventajea. Es decir, así como los actores barriales entran en lógicas de prácticas y relaciones que requieren de prestaciones y contraprestaciones materializadas en drogas ilegalizadas y acceso a las mismas, también hay ventajeos que implican poner a los demás en lugares difíciles de estar, siendo arrinconados para que compartan.

Pero el don y el ventajeo son lógicas que nos obligan a pensarlas en el interior de una dinámica social y práctica que las implica de manera mutua. Tal es así que, si bien desde la mirada etnográfica se realizaron distinciones para fines analíticos, no es tan fácil separarlas desde la propia práctica de los actores que las despliegan como estrategias, o que se relacionan con el interior de las mismas de modo que por momentos pierden de vista si están donando o si están ventajeando, aunque de todos modos saben que a veces se comparte y otras veces se saca ventaja.

De todas formas, los ventajeos no se producen solo porque los usuarios busquen ventajear, sino que deben cumplirse condiciones que crean circunstancias favorables para que los ventajeos aparezcan. Sobre todo, tiene que haber poca plata y mucha manija. Además, los ventajeos son también subjetivos. O sea, no tiene que existir necesariamente para que en determinados momentos y lugares los usuarios de

drogas ilegalizadas se sientan ventajeados, es decir, se persigan. Pero, así como el don es parte constitutiva de las grupalidades y posiciona a los actores en el interior de las mismas, también el ventajeo cumple el mismo papel. En este sentido, los ventajeos enojan, divierten, dan que hablar. Sin ellos, solo habría donaciones, que más allá de que estas impliquen compromisos, aun así no podríamos darnos cuenta del carácter conflictivo inherente a toda relación social, en este caso, aquellas que se conforman a partir de los usos de drogas ilegalizadas.

Tan ambiguo es el marco de posibilidades prácticas e interpretativas que introducen y habilitan el don y el ventajeo en las formas que asumen las relaciones sociales que establecen los usuarios de drogas ilegalizadas que participaron en esta investigación que podría decirse que esa interacción contradictoria configura una gama de mecanismos prácticos y simbólicos de exclusión y de inclusión de manera indistinta, o distintos entre sí, aunque en algunas ocasiones indistinguibles para los actores y en otras no tanto para ellos pero sí para la mirada que analiza.

Por último, a través del don y del ventajeo, al mismo tiempo se incluyen y se excluyen actores de las grupalidades. O directamente las inclusiones y las exclusiones no suceden realmente, pero los esquemas de percepción que los usuarios de drogas ilegalizadas traen a cuentas debido a la historia barrial hecha cuerpo en sus experiencias los condicionan a pensarse afuera cuando siguen dentro de las grupalidades, o viceversa. Y actúan en consecuencia y generan aún más malentendidos que, lejos de producir rupturas permanentes, terminan aportando insumos para que la junta se sostenga por lo menos a mediano plazo, o se reconfigure intercambiando a sus miembros, pero manteniendo sus lógicas de socialización.

| BIBLIOGRAFÍA |

- Becker, H. (2014). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación. Siglo XXI Editores, Avellaneda.*
- Bourgois, P. (2010). *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem.* Siglo XXI Editores, Avellaneda.
- Bruzzone, D. (s/f). Consumir sin que te consumas. Jóvenes y prácticas de consumo de pasta base en sectores populares. 1° Primer Encuentro sobre Juventud. Medios de Comunicación e Industrias Culturales (JUMIC).
- Castellón-Montenegro, H. y otros (2015). Conocimientos, actitudes y prácticas del consumo de sustancias psicoactivas en estudiantes de Enfermería de una Universidad privada en Barranquilla 2010-2011. En: *Revista Respuestas*, vol. 20, nro. 1, pp. 67-83.
- Gobato, F. (2013). Aibar, J. y otros (coord.). Los giros del helicoide. Los avatares de la construcción dialéctica de un tema y un problema de investigación. En: *El helicoide de la investigación. Metodología en tesis de Ciencias Sociales.* FLACSO, México.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad.* Grupo Editorial Norma, Bogotá.
- Guzmán-Facundo, F. y otros (2011). El consumo de drogas como una práctica cultural dentro de las pandillas. En: *Revista Latino-Am. Enfermagem*, Monte Alegre, Brasil.
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas.* Katz Editores, Buenos Aires.
- Morradi, A., Archentti, N. y Piovani, J. (2007). *Metodología de las Ciencias Sociales.* Emecé Editores, Buenos Aires.

- Nemiña, P. (2016). *Acción económica e incertidumbre. La sociología económica de Jens Beckett*.
- Pearson, G. y Twohig, J. (2014). Etnografía a través del espejo. En: *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Traficantes de Sueños, Madrid.
- Rodríguez Alzueta, E. (2016). Consumo y delito. Si no hay futuro, hay joda. En: *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. Rodríguez Alzueta (comp.). Malisia Editorial, La Plata.
- Vasilachis, I. (2009). *Los fundamentos ontológicos y epistemológicos de la investigación cualitativa*. Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research, Vol 10, No 2.
- Willis, P. (2014). El significado cultural del uso de drogas. En: *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Traficantes de Sueños, Madrid.
- Zapata, J. (2020a). Bajada de bondi. En: *Yuta. El hostigamiento policial desde la perspectiva juvenil*. Malisia Editorial, La Plata.
- Zapata, J. (2020b). Perseguidos. Los efectos fantasmáticos de la policía. En: *Yuta. El hostigamiento policial desde la perspectiva juvenil*. Malisia Editorial, La Plata.



Entre el don y el ventajeo

Una etnografía sobre el uso de drogas ilegalizadas en un barrio del conurbano bonaerense

¿Qué lógicas de comportamiento despliegan los usuarios de drogas ilegalizadas? ¿Qué dinámicas sociales habilitan? ¿Cómo interactúan entre sí? Estas preguntas guiaron la investigación etnográfica de Jeremías Zapata, desarrollada en un barrio del suroeste del conurbano bonaerense entre 2017 y 2018. Inmerso en esa trama barrial, el autor intenta captar los sentidos de las relaciones sociales que se establecen alrededor de los usos de algunas drogas específicas –marihuana, cocaína, LSD y pasta base–. Zapata toma en cuenta las condiciones materiales de vida de los protagonistas de su trabajo de campo (usuarios de estas drogas); las relaciones entre estos y otros actores sociales; las ansiedades, miedos, angustias, contradicciones e inseguridades que los atraviesan y constituyen; las tensiones entre este grupo y el trabajo de las fuerzas de Seguridad en el barrio; y fundamentalmente el lenguaje, entre otros códigos de comportamiento grupal. Hay diálogos que el autor ofrece a los lectores en crudo, y que los situarán en la intimidad de esta comunidad de usuarios de drogas ilegalizadas.